SENTENCIAS

DE TEOGNIS, DE PHOCYLIDES, DE PITÁGORAS, y de otros sabios de la Grecia:

TRADUCIDAS DEL FRANÇES

AL CASTELLANO

POR

D. Enrique Ataide y Portugal.

TOMO QUINTO.



CON LICENCIA.

En Madrid, en la Oficina de AZNAR.
AÑO M.DCCC.II.
Se hallará en la Librería de Castillo, *frente á las gradas de S. Felipe.*

DE TEOGNIS.

Hubo varios Escritores llamados Teognis: del mas antiguo y célebre es de quien publicamos las sentencias morales. Ignórase su origen, el tiempo de su nacimiento y el de su muerte. Él mismo nos dice que era de Megara; y aunque habia diferentes pueblos de este nombre, se cree, que aquel que reconocia por patria suya, estaba situado cerca del Ático (1). Él florecia en la

(1) Platón dice que Teognis era de Megara en Sicilia; pero el mismo Teognis testifica que echaba me-

 nos

olimpiada 48, cerca de 548 años antes de nuestra era. Fué contemporáneo de Solón, á quien fueron atribuidas varias veces sus máxîmas por Pherecydo, maestro de Pitágoras, y por Pisistráto, este amigo de las letras, que puso en orden las poésias esparcidas de Homero (1).

Algunos de sus versos hacen presumir que nació con comodidades. Su humor confiado y facil destruyó su fortuna: una conducta mas prudente le hizo conños su patria, quando viajaba en Sicilia y en la Eubea.

(1) Si se cree á Diógenes Laercio, no fué Pisistráto, sino Solón, quien juntó las coplas dispersas del padre de la Poésia Épica.

servar algunas reliquias de ella, y la filosofía le consoló del desprecio que la riqueza gusta de derramar sobre la indigencia virtuosa. Su moral es sana, pero sin austeridad : no condena los placeres inocentes, y no se avergüenza de celebrarlos; pero establece, que no pueden gozarse sus atractivos sino en el reposo de una conciencia pura, y en el seno de la virtud. El carácter de su moral es la sensibilidad : se escuchan sin pena sus lecciones, porque comienza por hacerse amar. Los antiguos citaban sus máxîmas como oráculos de sabiduría.

Los sabios tenian en su tiempo la costumbre de hermosear sus preceptos con los atractivos de la poesía : conocian que

la rima de los versos contribuía á grabar sus lecciones en la memoria de sus discípulos. Teognis siguió su exemplo, menos, sin duda, por conformarse con el uso, que por obedecer al genio que le gobernaba. No ha encerrado sus pensamientos en versos técnicos forjados con trabajo, y que por lo mismo se retienen aun con mas dificultad. Su invocacion está en el estilo de los himnos de Homero, y las figuras atrevidas que animan á varias de sus máxîmas, prueban que nació Poéta.

Aunque su obra empieza por una invocacion, no hay que esperar el leer un poéma didáctico fundado sobre un plan regular. Los pensamientos estan entregados á la casualidad; y es

de presumir que no fué él mismo quien los juntó , sino que despues de su muerte habrán hecho una recopilacion de ellos siguiendo el órden con que se presentaban á la memoria.

Se hallan repetidos varias veces estos mismos pensamientos: será , puede ser , porque nos han conservado el primer modo con que los explicó; aquel con el qual los corrigió despues, y aquel aun con que fueron alterados en la memoria de algunos de sus discípulos. Hay ideas que parecen obscuras , porque se han perdido los versos que las completaban : hay máxîmas que parecen condenables , porque eran objeciones cuyas respuestas no se han conservado.

Puede compararse lo que nos

queda de Teognis á una estatua antigua expuesta durante un largo periódo de siglos á todos los ultrages del tiempo, los quales han gastado algunas de sus partes, y han destruido otras; pero aún se admiran aquellas que han respetado. Contento con recopilar los fragmentos que me han parecido mas bien conservados, no he emprehendido el restaurar la estatua.

Una gran parte de este volumen no debe agradar sino á un pequeño número de lectores. Aquí es Phocylides quien prescribe el no robar, y no recelar; y allí Pitágoras, que ordena amar al padre y á la madre: en fin, estos son los preceptos de la moral mas usual presentados en toda su sencilléz. ¡Qué atractivos

tendrán, pues, iguales sentencias para los lectores acostumbrados á los delicados, finos y brillantes pensamientos de la Rochefoucault y de la Bruyere! Pero es preciso trasplantarse á los tiempos antiguos de la Grecia, hácia la cuna de la moral y de la legislacion. Entonces serán respetados los sabios que, olvidandose de sí mismos, y no cuidando de agradar, no pensaban sino en instruir á los hombres ignorantes aun de sus primeras obligaciones.



SENTENCIAS DE TEOGNIS.

Invocacion.

¡Oh Rey! hijo de Latona, hijo de Jupiter, jamás te olvidaré, ni al comenzar, ni al concluir mis obras: sé tú el objeto de mis primeros, y de mis ultimos cantos: dignate de escucharme, y de serme favorable. Apolo, rey poderoso, y el mas hermoso de los dioses, quando la venerable Latona te dió á luz en un lago, no tuvo mas socorro que un ramo que abrazaba

entre sus delicadas manos: la isla de Delos se llenó de un olor divino; la vasta tierra sonrió, y la profunda mar testificó su alegria hasta en sus últimas olas.

Diana, divina cazadora, hija de Júpiter; tú, á quien Agamenón supo apaciguar en Aulide, recibe mis votos, aparta de mí los destinos enemigos: lo que te pido es mucho para mí, y nada para tu poder.

Yo os invoco, Musas, Gracias, hijas de Jupiter, que hicisteis resonar los conciertos dignos de vos, y repetirse por los inmortales en las bodas de Cadmo. Yo doy lecciones á los humanos; que mis cantos sean el título inalterable de mi gloria. En vano ocultarían mi obra: yo no sería desconocido: jamás po-

drán alterar lo útil que encierra, y dirán siempre : Estos son los versos de Teognis , célebre entre todos los hombres.

I.

Convencido estoy de que no sabré agradar á todos aquellos, cuyos votos voy buscando. ¿Debe esto sorprehenderme ? El mismo dueño de los dioses no puede contentar á todos los humanos , sea que fecunde la tierra, prodigandola el tesoro de las aguas que la vivifican , ó sea teniendolas suspendidas en los ayres.

II.

Escucha mis lecciones , jóven Cirnus. Yo te daré los mismos preceptos que he recibido

de los sabios en mis juveniles años. Cultiva la sabiduría: guardate de buscar en el vicio y en la iniquidad, la gloria, las riquezas y el poder. Alejarse siempre de la sociedad de los malos, buscar constantemente el comercio ó trato de los hombres de bien, es haber aprovechado mucho. Hazte digno de sentarte en la mesa de los sabios: procura merecer que estos te den un asiento junto á ellos mismos; y hazte acreedor tambien, al agrado de aquellos mortales que reunen las virtudes al poder. Con los buenos aprenderás á amar la virtud; junto á los malos, sentirás enervarse en tu corazon el aborrecimiento al vicio, y bien presto perderás hasta la razon que te ilumina.

III.

Jamás han perdido su patria los ciudadanos virtuosos. Pero si los malvados pueden levantar impunemente sus atrevidas cabezas: si agradan á la nacion: si por asegurar su fortuna y su poder, prestan á la injusticia un culpable apoyo, en vano el Estado no ofrece á tu vista sino el felíz espectáculo del explendor y de la paz; creeme, la turbulencia va á nacer en él, y el instante de su caída no está lejos. Bien presto verás ciudadanos atroces buscar su felicidad en la ruina de sus conciudadanos: bien presto se manifestará la rebelion: por todas partes va á aguzarse el hierro del aborrecimiento: va á

correr la sangre; y el Monarca mismo intentará en vano interponer un poder que ya no exîstirá.

I V.

¿Podré yo mirar á sangre fria y sin gemir, que los hombres no hagan uso de su entendimiento, sino para burlarse los unos de los otros, y de su inteligència, sino para tramarse mutuamente emboscadas, engaños y trayciones? ¿Puedo, sin verter lágrimas, ver abandonados, confundidos, ó mas bien ignorados, los principios del bien y del mal?

V.

Cuidado, hijo mio, que tu interés no te haga jamás amigo de los ciudadanos perversos; pe-

ro disimula un justo aborrecimiento, y procura que tu lengua imprudente no provóque sus furores. Obligado á tratar con cierto arte á los que aborrece tu corazon, no les comuniques secreto alguno de importancia. Demasiado aprenderás á conocer sus atroces almas: demasiado sabrás tambien, quan indignos son de toda confianza. Ellos no quieren otra cosa sino la astucia, el ardid y la falacia; y se imaginan dichosos, si de un solo golpe y atróz delito, pueden consumar la desgracia total de la humanidad. Teme sus consejos venenosos; pero no te descuides en escuchar los avisos de los hombres de bien; corre á buscarlos por medio de los peligros y las fatigas, hasta las extremidades de la tierra.

VI.

Tampoco debe comunicarse indiferentemente el secreto propio á todos los amigos: hay muy pocos dignos de guardar tan precioso depósito. Si emprehendo cosas grandes, no las confiaré sino á muy pocos. La imprudencia de un momento podria ocasionarme un largo arrepentimiento.

VII.

Hay circunstancias desgraciadas y críticas, en las quales el amigo virtuoso y fiel, es el mas precioso tesoro. Encontrarás pocos de aquellos amigos á toda prueba, que se atrevan á conocerte en la adversidad; que sean una misma alma contigo, y que

partan con una firmeza igual, tús prosperidades y tus reveses de fortuna.

VIII.

Las penas del hombre virtuoso, son las satisfacciones del malvado; pero el Leon mismo no encuentra siempre presa, y la devorante perplexidad se coloca freqüentemente en el corazon del hombre injusto y poderoso.

IX.

Tú quieres que yo sea tu amigo; pues amame de corazon, y no de boca. Si tus sentimientos son poco sincéros, si tienes para mí la amistad en los labios, y la indiferencia en el corazon, yo prefiero tu aborrecimiento.

No te detengas en perseguirme abiertamente: yo trataré á lo menos de repeler tus ataques: un corazon doble, es mas peligroso para amigo, que para enemigo.

X.

Este hombre habla de un modo, y piensa de otro: no cesa de alabarte en tu presencia, y en tu ausencia manifiesta poca estimacion de tu persona: él podrá ser un agradable convidado; pero es muy mal amigo. ¿Qué ventajas te prometes de sus falsas caricias? No será él, por cierto, el que te consolará en tus aflicciones, el que te dará la mano en tus adversidades: él reuniría todos los bienes de fortuna, y jamás pensaría en hacerte partícipe de ellos.

XI.

Si haces bien á un malvado, no esperes recompensa alguna, porque esto es propiamente sembrar en las tormentosas olas del océano. Jamás se han visto doradas mieses sobre las aguas del mar, ni nacer el reconocimiento en el corazon de un malvado.

XII.

Hay gentes que siempre están exîgiendo, y á las quales no puede contentarse jamás. Falteseles una sola vez á sus deseos, y ya se perdió todo el fruto de los beneficios pasados; y la vacilante amistad que se les habia inspirado, quedó apagada para siempre en sus corazones.

XIII.

Pero el hombre honrado y sensible, se aprovecha con reconocimiento de los beneficios que se le hacen, y goza todavía largo tiempo despues, del placer de haberlos recibido.

XIV.

Jamás faltan amigos en la mesa; pero pocos se encuentran en los momentos desgraciados de la vida.

XV.

Nada hay mas dificil de conocer, que el hombre falso. Con un poco de habilidad facilmente se descubre la mezcla del oro; pero no se distingue tan facilmente el amigo pérfido que lle-

va en la frente la buena intencion, y el engaño en el corazon.

XVI.

No fundes tu gloria en las riquezas y el poder: estas ventajas no te pertenecerán, y serán siempre del resorte de la fortuna.

XVII.

¡Qué ciegos somos! No tenemos sino opiniones vagas, y la ignorancia es nuestra herencia. ¿Se me ha concedido, por ventura, el poder preveer lo que resultará de mis deseos? Yo temo hacer mal, y hago bien; yo quiero hacer bien, y hago mal. El suceso engaña todos mis proyectos, y todas mis miras: yo

me hallo sin cesar detenido por las leyes de la invencible necesidad : solo en los dioses se encuentran siempre de acuerdo las obras con su inteligencia.

XVIII.

Tú engañas al amigo , al qual has seducido con el exterior de la hospitalidad : tú arrojas al desgraciado que implora tus socorros , y esto los dioses lo saben.

XIX.

Prefiere la pobreza en el seno de la justicia , á la abundancia que procura la iniquidad.

XX.

Todas las virtudes están com-

prehendidas en la justicia : si tú eres justo , tú eres hombre de bien.

XXI.

La fortuna puede prodigar sus favores al mas malo de los hombres ; pero hay pocos mortales á quienes los dioses hayan concedido la virtud.

XXII.

Guardate bien , si estás colérico , de echar en cara al indigente la pobreza que ultraja al alma. Los dioses hacen caer la balanza como les agrada ; y amenudo dexan desnudo á quien habian colmado de bienes.

XXIII.

El orgulloso se ensalza, se eleva, y quiere alucinar. ¿Pero sabe cómo concluirá el dia para él? ¿Sabe en qué estado le cogerá la noche?

XXIV.

La vejéz y la calentura abaten al hombre; pero mas aún la pobreza. Aquel á quien ésta abruma, ni puede hablar, ni obrar; sus manos y su lengua están atados.

XXV.

¿Quién sabe poner término á su fortuna? El que posee mas riquezas, quiere á lo menos doblarlas. ¿Quién podrá satisfacer jamás á tantas gentes, que to-

das ellas tienen un mismo deséo? El amor de las riquezas es quien causa la locura de los hombres, y su perversidad.

XXVI.

Nadie compraría ganados sin exâminarlos bien, ni un caballo, sin saber que descendía de una buena raza; y vemos á un ciudadano honrado recibir por esposa á una mala muger, nacida de un indigno padre. No te sorprendas: ella le ha traído mucho oro. ¿Has visto á alguna muger que rehuse el casar con un hombre despreciable, si tiene muchos bienes? No: ella quiere mas bien oír decir, que es la esposa de un hombre opulento, que de un hombre virtuoso. No se es-

tima mas que la riqueza. El sabio toma una muger en una familia corrompida: el malvado en una virtuosa: la fortuna confunde todas las razas; y esta odiosa mezcla, hace bastardear á la especie humana.

XXVII.

Mira á ese hombre injusto y ambicioso, y verás que solo está animado del amor de la ganancia. Siempre le hallarás pronto al perjurio, y á hollar la justicia. Tú quedas deslumbrado con el resplandor y brillantéz que le rodean: su fortuna te engaña: espera su fin. El Cielo es justo, aunque su justicia se oculte alguna vez al ojo poco penetrante de los mortales. Guardate de

creer, que el hombre á quien se tiene envidia, será siempre dichoso: él pagará la deuda de su delito: ella será perseguida á lo menos sobre el mas amado de sus hijos. ¡Insensato! ¡Osas tú murmurar contra los dioses demasiado lentos en castigar al culpado! ¡No ves la muerte sentada sobre sus labios, y muy pronta á herirle!

XXVIII.

Un desterrado no tiene amigos, y esta desgracia es mas cruel que el mismo destierro.

XXIX.

Tú educas á tus hijos con cuidado: tú estudias todo aque-

llo que puede serles útil: tú destruyes tu fortuna por ellos, y por ellos te sometes á mil penas. ¿Quál será la recompensa que tendrás? Aborrecimiento é imprecaciones. Ellos detestarán á su padre, y pedirán á los dioses su muerte, y vendrá á parar en ser para ellos el mas importuno de los comensales.

XXX.

¿En dónde se hallará aquel hombre fuerte y valeroso, que se atreva á luchar contra aquel remolino, del qual se dexan llevar todos los otros, que tenga igualmente en el corazon y los labios el pudór, y que el atractivo del lucro no pueda jamás empeñar vergonzosamente?

XXXI.

Tu fortuna acaba de arruinarse : anda, ya no tienes amigos ; tu mismo hermano te desconocerá.

XXXII.

El silencio es para el parlero un suplicio cruel ; y el loquáz ignorante, es para los que lo escuchan una pesada carga : se le aborrece sin poderlo evitar, y esta es una amargura que envenena las delicias de todos los festines.

XXXIII.

Nosotros tomamos el carácter de aquellos que nos rodean, haciendonos locos con los insensatos, y justos y sabios con los

amigos de la sabiduría y de la equidad.

XXXIV.

Sé prudente en la sociedad: que el secreto que te se confia, quéde sepultado en tu corazon: olvida, si es posible, que lo has oído.

XXXV.

Pobre, pero virtuoso, veo á muchos malos nadar en la prosperidad: que guarden su patrimonio, que yo no quiero cambiar con ellos. Yo soy dueño de conservar mi virtud, y ellos no lo son de fixar la fortuna.

XXXVI.

El alma del sabio es siempre constante: ella lucha con igual

valor contra la desgracia y contra la prosperidad.

XXXVII.

Teme el exponerte á perder tu amigo por una falta ligera; guardate de escuchar al calumniador que le acusa. Solos los dioses están exêntos de cometer faltas; sin indulgencia no puede exîstir la amistad.

XXXVIII.

Tú abrazas á un desterrado: tú fundas tu esperanza en su reconocimiento; quando á aquel le sea permitido volver á su patria, no encontrarás en él el mismo hombre.

XXXIX.

No te apresures demasiado:

marcha con tranquilidad por el camino mediano; éste es el que conduce á la virtud.

XL.

¡Qué! dice el desgraciado, ya está decretado por los crueles hados que jamás seré yo vengado de los inhumanos, cuya violencia me lo ha arrebatado todo. Despojado por ellos, y reducido á una vergonzosa desnudez, ¡todavía me veré obligado para substraerme de sus golpes á atravesar los profundos rios y los torrentes impetuosos! ¡El Cielo me rehusará el espectáculo de sus lágrimas! ¡Yo no me embriagaré con su sangre impura..! ¡Desdichado! Tú blasfemas. Tú has gozado el bien: soporta el mal con valor. El Cielo te ha

hecho conocer una y otra situacion: aprende á ser sumiso. Desde la prosperidad caiste en la desgracia: no desconfies de los dioses: desde la desgracia, puede ser que ellos te eleven á la prosperidad. Pero sobre todo, escusa tus vanas quejas: tú hallarás insensibles á tu desdicha todos los corazones.

XLI.

Teme al enemigo que busca el modo de asegurarte con palabras dulces: si te pones en sus manos, no consultára otra cosa sino la venganza, y nada podrá desarmarlo.

XLII.

¿Qué espiritu aníma, pues, á mis conciudadanos? Yo les se-

ré odioso, si practíco el mal; y no puedo serles agradable, si hago bien.

XLIII.

Tú eras mi amigo, y has cometido faltas: no es á mí á quien debe acusarse: tú habias hallado un buen amigo, pero habias recibido una mala cabeza.

XLIV.

Tú no podrás dexar mejor herencia á tus hijos, que aquel pudór que acompaña siempre á la virtud.

XLV.

Sería de desear para ciertos hombres el no haber nacido, y que sus ojos no hubiesen visto la claridad del sol. ¡Que sus dias

no hayan sido cortados, á lo menos desde sus primeros años! ¡Que no hayan sido entregados quando nacieron, al reposo de la muerte!

XLVI.

Si los buenos preceptos dieran un buen entendimiento, veriamos formarse los jóvenes sobre los principios de sus padres, y el sabio no tendria que avergonzarse de sus hijos indignos; pero es perder las lecciones, el querer mudar el corazon de los malos.

XLVII.

¿Quién es el insensato que quiere hacerse cargo de mi entendimiento, y no piensa en observar el suyo?

XLVIII.

Facil es tener una vida comun sin hacer mucho bien, ni mucho mal; pero sin luchar contra los obstáculos, no se adquiere la gloria. No creas, sin embargo, obtenerla sin exâminar tus fuerzas, y teme emprehender con un loco entusiasmo, lo que veas que eres incapáz de executar.

XLIX.

Estudia las inclinaciones y los deseos de aquellos que tratas, y aprende á conformarte con ellos. Si tu amigo quiere dexarte, no le obligues á quedarse contigo: si quiere quedarse, no lo empeñes á irse: si duerme, no le interrumpas el sueño; y si quie-

re velar, no le obligues á dormir. Nada hay mas insoportable, que la sujecion.

L.

Caro y desgraciado amigo, tú vienes despues de haber surcado las mares, despojado de todo, á los brazos de un amigo que nada tiene. Yo te prodigaré, á lo menos en mi desgracia, lo mejor que los dioses me han dexado. Tú me amas, ¡y yo no te diré, ven á sentarte conmigo, y te ocultaré lo poco que poseo! Yo no iré á otra parte á buscar con que recibirte, pero lo que tengo es tuyo. Si te preguntan cómo vivo yo, responde que me sostengo con trabajo; pero que al fin, yo me sostengo: que soy demasiado pobre para socorrer

gran número de desgraciados; pero que no desecho al amigo que se refugia á mi seno.

L I.

Dichoso el que puede decir: ¡óh juventud mia ya pasada, óh vejéz que te acercas, jamás me habeis visto, ni veréis hacer traycion á un amigo fiel: jamás encontraréis vileza en mi corazon! Este corazon está satisfecho, y yo puedo entregarme sin turbacion y sin remordimiento, al placer de los festines, quando mis oídos son heridos del dulce son de la flauta, y quando mis dedos pulsan las harmoniosas cuerdas de la Lira.

L I I.

Observa esa cabeza caída, ese

cuello torcido, esas miradas oblicuas, y reconocerás el alma baxa y falsa de un esclavo.

LIII.

¡Yo me lleno de orgullo locamente con mi juventud! bien presto privado de la luz del sol, y semejante á una roca insensible, me hallaré cubierto de tierra para siempre, y hasta el mismo bien que habré hecho será bien pronto olvidado.

LIV.

Se forma una falsa idea de la dicha que no se ha experimentado. Nada hay peor que la preocupacion, y nada preferible á la experiencia.

L V.

Buenos dias : ¿ qué vienes á decirme ? Si es algo bueno , ¿ por qué te detienes ? Bien facil es el anunciarlo.

L V I.

Facil es el hacer de un hombre de bien , uno malo ; ¿ pero quién podrá hacer de uno malo , un hombre virtuoso ?

L V I I.

Aborrezco á la muger que encuentro en todas partes ; y aborrezco tambien al hombre insensato que abandona sus tierras , y quiere labrar las de su vecino.

L V I I I.

No hay proyectos sin peli-

gros. ¿Quién sabe al comenzar una obra, qual será su conclusion? Un tal cree volar á la gloria mas cierta, y no hace otra cosa sino preparar su pérdida. Dios solo puede separarnos del error, y coronar nuestros deseos con un dichoso fin.

LIX.

Hombre, no murmures de lo que te ofrecen los dioses; soporta con un alma igual la una y la otra suerte. En la próspera no te abandones á un exceso de alegría; ni á un extremo de dolor en la adversa: espera á ver qual sea el fin de tu suerte.

LX.

Lo pasado no puede volverse á llamar; pero guardemonos

de lo por venir; éste debe ocupar solo toda nuestra atencion.

LXI.

Siempre se desea mas de lo que se tiene; pero la escaséz ha perdido menos gentes, que la saciedad.

LXII.

No es dificil el alabar, ni el criticar: este es un arte familiar á los malvados. El interés les inspira el elógio, y la maledicencia es su placer. Antes el sol no alumbrará jamás á un mortal, siempre amigo de la moderacion, y siempre circunspecto y comedido, que el hombre de bien dexe de observar en todo ciertas medidas.

LXIII.

Jamás verémos suceder á nuestro gusto todos los acaecimientos. No envidiemos un bien reservado solamente á los dioses.

LXIV.

¡No hay mortal alguno que no respete al rico, y desprecie al pobre! ¡Y no estaré yo herido de dolor, yo que no puedo sustraerme á la envilecedora pobreza!

LXV.

Observa bien á los hombres, y hallarás en ellos todos los vicios, todas las habilidades y todas las virtudes.

LXVI.

Dificil es que un sabio tenga larga conversacion con un necio ; pero no le es posible callar siempre.

LXVII.

Es vergonzoso que un hombre sóbrio se pare con gentes vinosas ; y el sabio no está menos fuera de su lugar en la compañía de los vulgares.

LXVIII.

La juventud presta energía al alma ; pero ordinariamente no la eleva , sino para sepultarla mas profundamente en el error. ¡ Eh ! ¿ cómo no ha de caerse en esta desgracia , quando el entendimiento tiene menos fuerza que las

pasiones, y se dexa conducir por ellas?

LXIX.

Cada dia estamos viendo como los sucesos engañan á nuestra prudencia, y sin embargo nos obstinamos en inventar sin intermision nuevos proyectos.

LXX.

El temor y la esperanza son dos divinidades igualmente poderosas, y que nos mandan con el mismo imperio.

LXXI.

Qualquier proyecto que se presente á tu idea, consultalo dos ó tres veces. Quando se obra con precipitacion, la reconvencion no se puede evitar.

LXXII.

Quando disfrutas prosperidad, una tropa de amigos te acompaña á participar de ella; pero quando tu espíritu sufre abatido en ansias crueles, encontrarás pocos amigos que quieran tomar parte en ellas.

LXXIII.

¡Horrible pobreza! tú te dexas caer sobre mis hombros: tú desfiguras mi cuerpo, y corrompes mi espíritu. A pesar de mi viva resistencia, tú me obligas con un imperio tiránico á aprender muchas cosas vergonzosas; á mí, que jamás estudié sino lo justo y honesto. Ya no conozco, ni amo presentemente otra vir-

tud, sino la prosperidad: vé ahí, ¡óh Cielo! á dónde conducen los infortunios.

LXXIV.

Tú te afliges, desgraciado Cirnus, y á todos nos ves llorar contigo. Pero no te engañe esto, el dolor de un amigo solo nos aflige un dia.

LXXV.

El sabio no debe perder jamás la calma del espíritu. No te dexes abatir de la desgracia, ni triunfes imprudentemente en la prosperidad. Sobre todo, guardate de jurar que tendrán tus deseos el fin que te propones. Parece que los dioses se complacen en castigar al temerario que quiere preveer el fin de los su-

cesos. Del mal nace el bien: el bien engendra el mal: este hombre no tenia nada, y se enriqueció de un golpe: aquel otro, nadaba en la abundancia, y se despierta en la miseria: el sabio comete faltas: la gloria se complace en coronar al insensato; y freqüentemente, los honores se agloméran sobre la cabeza del malvado.

LXXVI.

Si yo fuera rico, mi querido Simónides, nuestros hombres importantes, con todo su orgullo, no sabrian intimidarme; pero en vano he cultivado mi entendimiento; el ignorante me impone y engaña, y la miseria me hace mudo.

LXXVII.

Los ricos escasean de luces para saber hacer un buen uso de sus riquezas ; y los que ven y desean el bien , están oprimidos de la miseria : los unos y los otros experimentan una igual impotencia ; estos se hallan detenidos por la pobreza , y aquellos por su imbecilidad. Sometámonos. No es permitido á los mortales el combatir contra los dioses , ni pedirles cuenta de sus decretos.

LXXVIII.

Sé rico : ésta es la sola virtud : la turba de los humanos no sabe conocer ni apreciar otras.

LXXIX.

Tú podrías ser tan justo como Radamanto mismo; tan habil como Sisifo, hijo de Eolo; aquel Sisifo, que por su destreza llegó á salir de los infiernos: (él tuvo el arte de persuadir á Proserpina, lisongeándola, y de aplacar á esta diosa, la qual priva á los hombres de sentido, y les hace perder la memoria. Antes de él, ningun mortal, vivo aún, habia jamás considerado á los tristes humanos envueltos en la obscura nube de la muerte, ni habia descendido á la fria estancia de las sombras, ni habia franqueado las negras puertas que los tienen encerrados, á pesar de sus esfuerzos infructuosos; pero Sisifo, con su habilidad, volvió

de aquellos lugares temibles y tenebrosos, y tornó á ver la luz del sol); tan eloqüente como Nestór, semejante á los dioses, que habría sabido dar á la fábula los colores de la verdad: exceder en presteza al vuelo rápido de las harpías, y á la carrera velóz de los hijos de Bóreas; y sin embargo, te hallarías aún obligado á convenir, en que todas estas ventajas son bien débiles, y en que las riquezas tienen mucho mas poder.

LXXX.

Nadie lleva á los infiernos las riquezas superfluas. No se puede uno, dando la suma mas crecida, rescatar de la muerte, de la enfermedad, ni de la triste vejéz que nos persigue.

LXXXI.

¡Óh Júpiter! ¡Que la injuria y el oprobrio no persigan al malvado, y no sean su justa recompensa! ¡Que el impío que desprecia á los dioses, que el hombre cruel que lleva la maldad en su corazon, y no sabe sino hacer mal; reciba la pena debida á sus crímenes, y que la malicia del padre no sea imputada á sus hijos! Dueño de los dioses, que los hijos del hombre injusto, si aman la equidad, si temen la cólera, si se prestan á hacer reynar la concordia entre sus ciudadanos, no sean perseguidos por las faltas de sus padres. Pero, ¡ay! aquel que comete el crímen, evita la pena, y otro experimenta la venganza.

¡Óh Rey de los inmortales! ¡El hombre recto, que jamás se manchó con la impiedad y el perjurio, experimenta una suerte que no ha merecido; y nosótros adoramos todavía tu justicia! ¿Quién podrá reverenciar á los dioses, quando el malvado, cubierto de iniquidades, desafia la cólera de los humanos y la de los inmortales: quando desde el seno de las riquezas, insulta al hombre de bien: quando el justo se halla agobiado báxo el peso de la miseria (1)? ¡Óh amigos mios!

---

(1) Este pedazo debe mirarse como un deséo explicado de un modo poético, como una viva imprecacion contra el criminal triunfante sobre la tierra, y no como una blasfemia: Theognis, en muchas de sus má-

enriqueceos, si es posible; pero sin cometer injusticias: sed hábiles, pero sin haceros culpables.

LXXXII.

¡Júpiter! Extiende desde lo alto de los Cielos la mano sobre mi patria; y dignate de defenderla, y haz que los otros dioses la protejan; pero que Apolo dirija mi voz, y aclare mis pensamientos. ¡Flauta melodiosa, dulces cuerdas de la Lyra, acompañad nuestros cantos! Vamos á hacer libaciones en honor de los dioses, y aprovechémonos de los beneficios de Baco. Viva alegría,

---

máxîmas, ha celebrado la justicia de los dioses, y ha recomendado la resignacion á sus decretos.

aníma sola nuestros discursos; y no temamos, ni los Medas, ni sus armas. ¿Hay cosa mas sábia, que entretener al alma en las dulzuras de una alegria inocente, desterrar las penas devoradoras, despreciar los caprichos del destíno, los males de la vejéz, y los horrores de la muerte?

LXXXIII.

Discípulo y mensagero de las Musas, tú que sacas de su seno lecciones de sabiduría, no las envidies al vulgar: ¿qué importa que tú seas instruido, si no lo eres sino para tí solo?

LXXXIV.

Yo he viajado en la Sicilia: yo he corrido la Eubea, rica de presentes de Baco: yo he visto

la soberbia Esparta, bañada por el Eurotas, y no he encontrado por todas partes sino patrones que me han acariciado; pero la alegría no podia entrar en mi corazon: yo no tenia otra cosa en la memoria sino mi patria.

LXXXV.

Amigos, no me hableis de otra cosa, que de la amable sabiduría, para que ella sola ocupe mi corazon. Entonces seré sensible al dulce son de la Lyra: entonces la ligera danza, los harmoniosos versos traerán á mi seno el placer; y entonces, satisfecho de mí mismo, gustaré de la conversacion de las gentes honradas, y conoceré la felicidad sin ofender al extrangero, ni al conciudadano.

LXXXVI.

Si me sucede una desgracia, y encuentro á mis amigos, estos vuelven la cabeza, y evitan el verme. Cambia la fortuna segun costumbre, y me ocurre un suceso favorable; entonces todos se apresuran á saludarme, y no encuentro por todas partes sino amigos.

LXXXVII.

Si me hallo necesitado, mis amigos se avergüenzan de presentarseme, y se avegonzarian tambien de consolarme públicamente. Es necesario para buscarlos, que yo salga de noche, y me vuelva antes del dia, quando el canto del gallo llama los hombres al trabajo. ¡Aunque ca-

yera sobre mí el Cielo, ese Cielo de bronce, cuya ruina temblaban nuestros abuelos en su simplicidad, yo no rehusaría jamás á los que me aman, mis socorros!

LXXXVIII.

Yo he perdido mi fortuna por la confianza; y por la desconfianza he salvado sus reliquias; pero es bien dificil no ser demasiado confiado, ó desconfiado con exceso.

LXXXIX.

Licor dulce y funesto de Baco, yo te alabo, y te condeno. Yo no puedo, ni estimarte, ni aborrecerte; tú haces bien, y tú haces mal: ¿quién podrá despreciarte? ¿y quién osará celebrar-

te? ¡Oh amigos mios! Gustad moderadamente este vino que producen las viñas de Taygeto, estas viñas que plantó en la pendiente de la Colina el viejo Teotimo, querido de los dioses: la triste inquietud huirá de vuestros corazones, y sentiréis que penetra hasta ellos la dulce alegría.

XC.

Tú eres justo: sea tu recompensa y tu felicidad la virtud. Los unos dirán bien de tí, y los otros hablarán mal. El sabio debe atenerse al elógio y á la sátira; y el mas dichoso de los mortales, es aquel de quien menos se ocupan.

XCI.

¡Pueda reynar en mi patria la abundancia y la paz! ¡Pueda yo sin temor entregarme con mis amigos á los placeres inocentes de la mesa! ¡Puedan mis ojos no ver jamás los horrores de la guerra! Si ésta no te interesa, no escuches la voz estrepitosa del Rey de armas que te llama á ellas; pero si atacan el Estado, si los enemigos se acercan, si oyes ya los relinchos de los caballos que marchan veloces, sabe que no puedes sin oprobrio rehusar tu sangre á tus conciudadanos.

XCII.

Todo mortal ha hecho bien, y todo mortal ha hecho mal;

nadie puede lisongearse de ser perfectamente sabio.

XCIII.

Si un hombre no se ocupa sino en juntar bienes y evitar gastos, se pondera su prudencia. Si se nos hubiera concedido el preveér el término de nuestros dias; si supieramos quanto tiempo nos queda todavía antes de descender á la estancia de Plutón, sería cosa razonable, que aquel que tuviera mas tiempo que vivir, hiciera mas ahorros para los dias que debia exîstir. Pero, ¡ah! ¿y es esto lo que me aflige? Nosotros estamos lejos de este conocimiento. Yo me atormento, y no sé cómo sálir de mi perplexidad. Puesto en una encrucijada, varios caminos se ofrecen

á mi vista, ¿quál debo escoger? ¿Atormentaré yo mi vida, constante en rehusarmelo todo? ¿Viviré en las delicias, dichoso con el placer de no hacer nada? Yo he conocido un hombre rico, que se escaseaba hasta el alimento; y mientras juntaba para vivir, vino la muerte á sorprehenderlo. Él se aniquiló con el trabajo: jamás hizo bien á nadie; y dos desconocidos, se han apoderado de sus tesoros. He visto otro, que se entregaba á los placeres de la mesa. Yo tengo, decia, una vida deliciosa. Mientras lo estaba contando, se disiparon sus riquezas; y hoy dia anda implorando la asistencia de sus amigos, y no encuentra sino corazones desapiadados.

XCIV.

¿Sabes lo que conviene hacer, mi querido Damoclés, arreglar tus gastos á tus haberes? Fuera disipacion, fuera ahorros sórdidos. De este modo trabajarás, y no serán los otros los que cogerán el fruto de tus sudores: así no mendigarás los socorros de hombres duros, que te reducirán á una esclavitud. Guarda para tu vejéz: las riquezas son entonces bien necesarias: ahorra tambien alguna cosa para que se halle despues de tu muerte; porque no se derramarán lágrimas ningunas en tu entierro, si no dexas con que pagarlas.

XCV.

Pocos hombres reunen el mé-

rito y la belleza: ¿no es una débil ventaja, la de unirse estos dos presentes del Cielo?

XCVI.

Recibiste un gran beneficio, y solo manifestaste ingratitud: vuelve á caer en igual necesidad, y acude al mismo bienhechor.

XCVII.

Yo he bebido en esta fuente: el agua me parecia dulce y limpia: se enturbió: yo iré á sacarla de otro manantial.

XCVIII.

Antes de alabar á un hombre, tómate tiempo para conocerle; estudia sus inclinaciones, su carácter y sus costumbres. Hay gentes que no son otra co-

sa que máscaras ; hábiles en ocultar su natural perverso, tienen un alma , y un semblante que saben acomodarlos á las circunstancias y ocasiones que les ocurren.

XCIX.

Jóven , y brillante todavía con todas las flores de la bella edad , aprovéchate de tus ventajas , y entrega tu alma á la virtud. Los dioses no te permitirán andar dos veces el camino de la juventud. Los humanos no pueden substraerse de la muerte: la vejéz llega con sus pesadas manos ; se apodera de sus cabezas , y les echa en cara el tiempo que han desperdiciado.

C.

¡ Dichoso , y muy dichoso,

aquel que sin haber conocido las penalidades de la vida, desciende al negro asilo de los muertos! ¡Dichoso el que no ha tenido tiempo de aprender á temer los lazos del aborrecimiento; que no ha vivido bastante para estudiar el alma dudosa de sus amigos, y para sondar los profundos repliegues de sus corazones!

CI.

Los ricos ocultan el vicio; y la pobreza, la virtud.

CII.

¡Qué insensatos somos en llorar por los muertos! Derramemos mas bien lágrimas por la flor de la juventud que se marchita.

C I I I.

¡Óh alma mia, alma insensata, entregate á la alegría! Bien presto otros mortales van á succederme, y yo seré sepultado báxo de tierra.

C I V.

Si mi enemigo es hombre de bien, yo me guardaré de hablar mal de él; y no alabaré jamás al malo, que me ama.

C V.

¡Óh Pluto, el mas hermoso, el mas deseado de los dioses, contigo puedo practicar el mal, y seré siempre hombre honrado.

C V I.

En la alegría de los festines

olvido la pobreza, que me abate el corazon: yo desprecio al malo, cuya lengua ponzoñosa me persigue; pero yo gimo todavía por mi juventud, por aquella amable juventud que ya no exîste; y vierto lágrimas por la triste vejéz, que me amenaza.

CVII.

Hombre rico, tú me has echado en cara mi miseria: los dioses, tal vez, me enviarán las riquezas.

CVIII.

La esperanza es la sola divinidad favorable que ha quedado entre los humanos. Las otras nos han abandonado, y trepado al Olimpo. La buena fé, la mayor de las inmortales, nos ha de-

xado: la templanza se ha retirado con ella: las gracias han huído lejos de la tierra. Ya no hay juramento sagrado, ni mortal que reverencie á los dioses: ya no hay devocion, ni derechos, ni justicia; pero el hombre, en tanto que respira y vé la luz del sol, goza los beneficios de la esperanza. Que invoque á los dioses, que quéme en honor suyo los brillantes quartos de las víctimas; pero que la esperanza reciba los primeros y últimos sacrificios.

CIX.

Yo no amo, no deséo las riquezas. ¡Pudiera yo, viviendo con poco, no experimentar jamás los males, que acompañan á la miseria!

CX.

Indiferente cosa es, despues de la muerte, el estar tendido sobre tapices, ó sobre zarzas; sobre la roca, ó sobre plumas. Yo no deséo bienes que no puedo disfrutar. ¡Ah! ¿qué me importa, despues de mi muerte, el estar colocado en la tumba de los Reyes?

CXI.

Las obras del justo son santas, y sagradas sus palabras: el viento lleva las del malo.

CXII.

Dificil es el engañar al que nos quiere mal; pero es bien facil alucinar el alma confiada de un amigo.

SENTENCIAS DE PHOCYLIDES.

Phocylides pareció algo mas tarde que Teognis, y le copió algunas veces: compuso poémas heroycos, elegías y sentencias morales; pero no nos quedan sino alguna de estas últimas. Las escribió en verso, como Teognis; pero no ha revestido como él sus pensamientos de los adornos de la poesía (1); y tam-

(1) A lo menos no ha tomado de la poesía sino las dos comparaciones de la hormiga y de la abeja.

poco se ha empeñado en hacerlas picantes por un modo ingenioso. Es un legislador que prescribe al hombre sus deberes, haciendo hablar á la austéra razon, y desdeñando el hermosearla. Para persuadir, se necesita de arte: éste es inútil quando se dicta, y Phocylides dicta siempre. Éste no ofrece avisos ni lecciones, sino preceptos.

Algunos sabios han mirado lo que nos queda de sus obras, como supuesto, porque en ello se encuentran algunos de sus versos, entre los que han atribuído falsamente á las Sibilas; pero los piadosos falsarios, que por un zelo imprudente compusieron los versos Sibilinos, pueden haber intercalado en ellos algunos versos de Phocylides, para derra-

mar sobre su obra un barníz de antigüedad.

Poco tiempo hace han impreso una, pretendida, traduccion de Phocylides, publicada hácia el fin del último siglo (1). Esta es una paráfrasis, en la qual es muy dificil reconocer el texto. Si Pho-

---

(1) Segun esta nota manuscrita en mi exemplar, esta traduccion es de Duché, versificador alabado por el poéta Rousseau, y sin embargo olvidado, aunque no dexó de tener talento. Añadiendo muchas palabras al texto de su autor, ha suprimido muchos pensamientos, y ha querido hacer de Phocylides tan presto un bello talento, y tan presto un razonador; y en vez de tratar de traducirle, no ha pensado sino en imitar á la Bruyere.

cylides dice simplemente: "No
„ observes el celibato, si no quie-
„ res acabar tus dias en el aban-
„ dóno. Vuelve á la naturaleza
„ lo que te ha dado y la de-
„ bes: tú has sido engendrado, y
„ tú debes procrear á tu vez:"
Su paráfrasis dice: "El celibato
„ no es un estado cuya tran-
„ quilidad deba disfrutarse por
„ toda especie de personas. Hay
„ nombres que traen con ellos
„ una idea de gloria, de virtud
„ y de sabiduría, que es útil
„ trasmitir á la posteridad." Esto no es traducir, sino falsificar. Se diria que Phocylides, menos ocupado de dar preceptos útiles á todos los hombres, que de adular la vanidad de los grandes, no recomendaba el matrimonio sino á aquellos que tienen

un nombre ilustre que trasmitir á sus hijos. ¿Y qué viene á ser aquella amenaza que hace al Célibe, de morir abandonado? ¿Qué significa aquella obligacion prescrita por la naturaleza misma, de dar la vida porque nosotros la hemos recibido? ¿Temia el traductor ofender la religion al recomendar una union que ella consagra? Ella no permite el celibato, sino á aquellos hombres raros que el Cielo mismo exceptua de la regla comun, llamándoles á una perfeccion particular. Pero el amor del luxo y de la licencia, un miserable egoísmo, la corrupcion de costumbres, los viles intereses, que forman un número tan grande de celibatos, se hallan bien distantes de la perfeccion.

SENTENCIAS DE PHOCYLIDES.

I.

No contrates casamiento furtivo ni escandaloso, ni te entregues á amores infames (1).

(1) Véase aquí cómo han puesto esta sentencia en la pretendida traduccion impresa en 1698, y el resto de la version es por el mismo estilo: "Parece que el hom»bre nace para el placer: él sien»te en sí mismo una propension rá»pida, que le arrastra á él: todas »sus

II.

No trames artificios, ni mojes tus manos en la sangre.

III.

Sabe vivir de lo que has ganado justamente, y desprecia las riquezas que procura la iniqui-

---

„sus inclinaciones naturales lo de-
„terminan á ello; pero que entre
„en su corazon, que escuche aque-
„lla ley que la naturaleza ha escri-
„to en él, que se sirva de las lu-
„ces que la razon le presta para
„conducirlo, y se ceñirá á los pla-
„ceres permitidos; y la inocencia,
„con la qual los disfrutará, no ha-
„rá otra cosa sino redoblar su dul-
„zura."

dad. Vive contento con lo que tienes, y abstente de lo que no te pertenece.

IV.

En quanto digas, sé el interprete de la verdad, y no permitas á tu boca la mentira.

V.

Sean tus primeros respetos con los dioses, los segundos con tus padres; y da á cada uno lo que le es debido, sin dexarte jamás corromper.

VI.

No menosprecies al pobre. Sean tus juicios dictados por la justicia. Si estos son iniquos, tú serás juzgado por Dios mismo á tu vez.

VII.

Ten horror al falso testimonio; y sea tu lengua el órgano de la equidad.

VIII.

Respeta la virginidad, y conserva siempre la buena fé.

IX.

Ten escrupulosamente la balanza en el fiel; no la dexes caer á ningun lado.

X.

Teme en todas las cosas los extremos. En todo lo que se quiera, resulta la hermosura de lo justo de las proporciones.

XI.

Si prestas un juramento falso, tu misma ignorancia no te servirá de disculpa. Sea el perjurio el que se quiera, la ira de Dios lo persigue.

XII.

No quites al Labrador las simientes: todo robador es el objeto de la exêcracion pública.

XIII.

No retengas al trabajador su recompensa: guardate de oprimir al pobre.

XIV.

Haz que tu lengua sea conducida por tu juicio; y sepulta tu secreto en tu seno.

X V.

No contento con ser justo, no permitas la injusticia.

X V I.

Socorre prontamente al necesitado : no le digas que vuelva mañana ; y acuérdate , que es menester dar al indigente á manos llenas.

X V I I.

Sirve de guia al ciego , y abre tu casa al desterrado.

X V I I I.

Toda navegacion es incierta; ten piedad del desgraciado , que naufragó.

XIX.

Alarga la mano al que cae: salva al desgraciado que no puede hallar apoyo. El dolor es comun á todos los hombres; la vida es una rueda, y la felicidad no tiene estabilidad.

XX.

Si posées riquezas, partelas con el desgraciado, para que la indigencia reciba su parte de lo que Dios te ha dado.

XXI.

¡Oxalá que todos los hombres tuvieran el mismo modo de pensar, la misma fortuna, y la misma vida!

XXII.

Ciñete la espada para defenderte, y no para herir; y ¡ pluguiese al Cielo que jamás tuvieras necesidad de armarte, aun para una justa causa! porque tú no puedes dar la muerte al enemigo, sin que tus manos queden manchadas.

XXIII.

No atravieses por el campo de tu vecino, y respeta su heredad. La moderacion es bella en todo, y la transgresion condenable.

XXIV.

Respeta en el campo el fruto que aun no está maduro.

XXV.

Dispensa á los extrangeros los mismos miramientos que á tus conciudadanos. Todos nos sometemos igualmente al infortunio, y la tierra misma no ofrece al hombre un apoyo seguro.

XXVI.

La avaricia es la madre de todos los crímenes. El oro conduce y extravía los hombres. ¡Metal funesto! ¡qué guia tan infiel eres! Tú solo causas nuestra pérdida; y por tí solo todo está trastornado. ¡Pluguiese á los dioses que no te hubieras hecho para nosotros un mal necesario! ¡Á tí es á quien debemos los combates, las rapiñas, las carnicerías: por tí los padres no encuentran

en el corazon de sus hijos sino el aborrecimiento; y por tí, los hermanos se vuelven enemigos de sus hermanos!

XXVII.

No tengas un parecer en tu corazon, y otro en tus labios. No te parezcas al Camaleon (1), que muda de color, como de lugar.

XXVIII.

El hombre voluntariamente injusto, es atróz. No me atrevo á decir otro tanto del que obe-

---

(1) En el original dice: No parezcas al Pólipo &c. porque los antiguos creían que el Pólipo de mar, quando se veía amenazado de algun peligro, tomaba el color de la roca, á la qual estaba asido.

dece á la necesidad ; pero sonda bien el corazon del mortal que ves obrar.

XXIX.

No te llenes de orgullo por tus riquezas , por tu fuerza , ni por tu sabiduría. Dios solo es sabio , es rico y poderoso.

XXX.

Compadece á los desgraciados : no te dexes deslumbrar del brillo de las grandezas. El exceso del mismo bien , es funesto á los mortales ; sumergidos en las delicias , buscan nuevos deleytes. La demasiada riqueza conduce al orgullo , y produce la insolencia: el calor de la sangre degenera en manía : la cólera es un momento

pasagero; pero exâltada, se convierte en furor.

XXXI.

Procura que los males pasados no inquieten tu alma: es imposible que dexe de ser hecho lo que ya se hizo.

XXXII.

Sabe mandar á tu mano, y poner un freno á tu cólera. Amenudo, aquel que hiere, viene á parar en asesino, aun á pesar suyo.

XXXIII.

La emulacion de los hombres honrados, es laudable; la de los malos, es funesta.

XXXIV.

La audacia es muy perniciosa en los malos; y de un gran socorro á los que quieren hacer bien.

XXXV.

El amor de la virtud es honesto: el amor carnal conduce á la vergüenza.

XXXVI.

El hombre de un carácter amable y dulce, es la felicidad de sus conciudadanos.

XXXVII.

No envidies la dicha de tus iguales: ellos tienen defectos; sé con ellos indulgente. La felicidad de los dioses logra el que no

conoce la envidia. La luna no tiene zelos de la brillante claridad del sol: la tierra, contenta con su lugar, no ambiciona la altura de los Cielos: los rios no disputan su anchura con las mares: todo es igual en la naturaleza, por una concordia eterna. Si la discordia entrâse entre los dioses, el Cielo sería trastornado.

XXXVIII.

Come, bebe, y habla con medida. Conserva en todo la moderacion, y evita el exceso en todo.

XXXIX.

Huye de toda accion vergonzosa, y conserva la templanza. No sigas exemplos peligrosos, ni

deseches la injusticia sino con la equidad.

X L.

La persuasion produce los mas grandes bienes; las disputas y las quejas no engendran sino nuevas quejas.

X L I.

No seas crédulo con ligereza: considera desde luego qual es el fin del que te habla.

X L I I.

Bueno es en ciertas cosas el sobrepujar á aquellos que hacen bien.

X L I I I.

Mas vale ofrecer al instante una mesa frugal al huesped, que

hacerle esperar, para darle, puede ser de mala gana, una comida espléndida.

XLIV.

No seas para el pobre un acreedor riguroso.

XLV.

No quites de una veź todos los páxaros del nido: respeta á lo menos la madre, por tener aún chicuelos.

XLVI.

No permitas que el ignorante exerza las funciones de juez.

XLVII.

Á nadie pertenece el enseñar la sabiduría, sino al sabio; y al artista, el decidir sobre su arte.

XLVIII.

El ignorante es incapáz de entender las cosas elevadas ; nadie es bueno para nada , sin haber cultivado el entendimiento.

XLIX.

No llames á tu sociedad los lisongeros comilones : estos no gustan sino de la buena mesa, compran una buena comida con sus baxas caricias , se pican facilmente , y jamás quedan satisfechos.

L.

No pongas tu confianza en el pueblo , porque siempre es inconstante : el pueblo , el fuego y el agua , no pueden domarse.

L I.

Conserva la moderacion, hasta en los sacrificios que ofreces á los dioses.

L I I.

Concede un poco de tierra á los muertos, privados de sepultura, y no turbes la paz de los sepulcros. No muestres al sol lo que debe ocultarse, y no provoques contra tu cabeza la venganza divina.

L I I I.

¿Será permitido al hombre el disolver lo que fué congregado por el Criador? Nosotros creemos que algun dia las reliquias de los muertos saldrán de

la tumba, volverán á ver la luz, y serán colocadas en la clase de los dioses. Las almas quedan incorruptas en los cadáveres podridos; porque el espíritu es la imagen de Dios, que no hace otra cosa que prestarla á los mortales. De la tierra recibimos nuestros cuerpos, y estos deben disolverse en tierra, y no serán mas que un vil polvo: el espíritu se volverá al ayre puro, del qual fué formado (1).

---

(1) Todo lo que los antiguos pudieron hacer para formarse una idea de la espiritualidad del alma, fué el compararla al fuego, *mens ignea*, ó al soplo, *pneuma*, *spiritus*, *anima*.

L I V.

No ahorres tus vanas riquezas; acuérdate de que eres mortal. ¿Gozarémos nosotros de nuestras riquezas en los infiernos? ¿Llevarémos allá nuestros tesoros?

L V.

Todos los muertos son iguales, y Dios manda á las almas. Todos serán recibidos en las estancias eternas: todos tendrán una patria comun; y los mismos lugares esperan á los pobres y á los Reyes.

L V I.

Mortales, nosotros tenemos corto tiempo de vida; algunos instantes se nos han concedido.

Pero el alma no conocerá la vejéz , y gozará de una eterna vida.

LVII.

No te dexes agobiar de la desgracia , ni transportar de los sucesos felices. Es menester desconfiar freqüentemente en la vida, de lo que parece mas seguro.

LVIII.

La razon es un arma mas penetrante que el acero.

LIX.

Aprende á conformarte con las circunstancias , y no soples contra el viento. Un instante lleva el dolor , y otro el consuelo.

L X.

Dios ha distribuído armas á todo lo que exîste. El páxaro ha recibido la ligereza : el leon la fuerza : el toro se defiende con las astas , y la abeja con su aguijón : la razon es la defensa del hombre.

L X I.

La sabiduría es inspirada por Dios mismo ; nada es superior á la razon que ella conduce. El hombre que solo tiene fuerza, no puede medirse con el sabio. La sabiduría es la que arregla los trabajos del Labrador , la que rige los pueblos , y la que doma los mares.

LXII.

No te piques de querer una ambiciosa y ruidosa eloqüencia: no busques el brillar en tus discursos, sino el hacerlos útiles.

LXIII.

Es hacerse culpable el ocultar á un desalmado, y procurar que el crimen quéde impune. Sacrificar el malo al aborrecimiento, es obligacion nuestra: vivir con los criminales, es exponerse á morir con ellos.

LXIV.

No recibas en depósito el botin del salteador. Aquel que roba, y aquel que encubre, son culpables de un mismo delito.

LXV.

Usa sobriamente de lo que posées, y no te condenes tú mismo á la indigencia por tus locas profusiones.

LXVI.

No juntes en mayor número que el que puedas mantener, aquellos animales que ayudan al hombre á sacar de la tierra su subsistencia.

LXVII.

Distribuye á cada uno la porcion que se le debe; nada es preferible á la equidad.

LXVIII.

Vuelve á entrar en su camino al viajante que se extravía;

y arranca al furor de las olas, al desgraciado, á quien ellas quieren tragarse.

LXIX.

Levanta hasta el caballo de tu mortal enemigo caído en el camino. Es un placer el adquirir un amigo sincéro, en la persona de su enemigo.

LXX.

No confecciones venenos, ni consultes libros de mágia.

LXXI.

Corta el mal en su raíz; cura la llaga antes que llégue á emponzoñarse.

LXXII.

No comas el animal dego-

llado por otros animales; abandona á los perros esos restos impuros. Es propio de bestias feroces el devorarse unas á otras.

LXXIII.

Respeta la pureza de las jóvenes virgenes, no las tomes siquiera la mano con violencia.

LXXIV.

Luego que la guerra se enciende, huye de las querellas y las disensiones.

LXXV.

No te alimentes con las sobras de una mesa agena. Debete á tí mismo tu mantenimiento, y no lo compres al precio de la ignominia.

LXXVI.

No derrames tus beneficios sobre los malos, porque es sembrar en las olas del mar.

LXXVII.

Trabaja: tú debes pagar tu vida con tus trabajos. El perezoso roba á la sociedad.

LXXVIII.

¿No has aprendido oficio? pues anda á arar la tierra. Busca, que no te faltará ocupacion. ¿Quieres entregarte á la navegacion? las mares te están abiertas. ¿Quieres hallar ocupaciones campestres? bastante vastos son los campos.

LXXIX.

Sin el trabajo, nada es facil al hombre, ni tampoco á los inmortales: el trabajo ayuda á ser virtuoso.

LXXX.

Luego que los frutos de los campos, despojados por la hoz segadora, acaban de recompensar al Labrador, las hormigas dexan sus estancias subterráneas, y vuelven á parecer, arrojadas de sus retiros por la necesidad; ellas cogen los granos de cebada ó trigo, abandonados en los barbechos; y la hormiga, que arrastra su carga con trabajo, es seguida de otra hormiga cargada de otro peso igual. Ese pueblo, endeble y laborioso á un mismo

tiempo, no se dexa vencer de la fatiga, y junta para el invierno los beneficios del verano.

LXXXI.

Hija del ayre, la diligente abeja no se entrega á trabajos menos contínuos. Ella elige para obrador la abertura de una roca, ó el hueco de una vieja encina. Allí depone el precioso jugo que ha recogido de mil flores: forma palacios, sin número, de cera, y destila la miel mas deliciosa.

LXXXII.

No guardes el celibato si no quieres morir abandonado. Vuelve á la naturaleza lo que la debes: tú fuiste engendrado: tú debes procrear á tu vez.

LXXXIII.

No prostituyas el honor de tu muger; no imprimas una mancha obscura en tus hijos. En un lecho infiel nacen hijos que no se parecen.

LXXXIV.

Respeta las segundas nupcias de tu padre: que el lecho de su segunda esposa sea sagrado para tí. Reverenciala como á tu madre, cuyo lugar ha ocupado.

LXXXV.

No te abandones á amores desenfrenados. No, el amor no es un Dios; esta pasion es entre todas, la mas peligrosa y mas funesta. Pero ama á la compañera de tu suerte. ¡Qué dulzura, qué

felicidad es quando una prudente esposa es amada de su esposo hasta la última vejéz; quando él la retribuye la ternura que ella le prodiga, y quando las querellas no han separado jamás esa pareja felíz!

LXXXVI.

Abstente de toda union carnal que no sea precedida de un contrato, y que no se funde sino sobre la violencia ó la seduccion.

LXXXVII.

No temas menos el casar con una muger mala; y que el atractivo de un funesto dote, no te haga esclavo de una esposa indigna de tí. ¡Qué imprudentes somos! Se nos ve recorrer todas

las casas de un pueblo, para procurarnos caballos corredores de raza generosa; toros vigorosos, y perros activos para la caza; pero no nos tomamos trabajo alguno para encontrar una muger virtuosa. Las mugeres, no menos deslumbradas por el brillo del oro, no desechan maridos despreciables quando son ricos.

LXXXVIII.

No añadas nuevas nupcias á tus primeras bodas, ni nuevos dolores á tus primeras calamidades.

LXXXIX.

No muestres á tus hijos un rostro severo, y haz que tu dulzura gane sus corazones y su amor. Si cometen alguna falta,

hazlos corregir por su tierna madre; reprehender por los mas ancianos de tu familia, y por respetables viejos.

XC.

No sufras que tus hijos se ricen como niñas jóvenes, y que blandamente dexen flotar sobre sus espaldas los bucles de sus cabellos. Solo á las mugeres sienta bien el cuidado con su cabellera, y esta vanidad es indigna del hombre.

XCI.

Si tus hijos han recibido la peligrosa ventaja de la hermosura, vela sobre ellos, defiendelos de los ataques del furor licencioso. Que sean las llaves las que te respondan del dormi-

torio de tus hijas: no permitas que antes de casarse sean exâminados sus atractivos fuera del umbral de la puerta. Es custodia dificil la de la juventud unida á la belleza.

XCII.

Ama á tu familia, y haz que en ella reyne la concordia. Respeta las canas, cede tu lugar á la ancianidad, y jamás la disputes los honores que son debidos á esta edad venerable. Rinde al sabio anciano los homenages que tu padre recibiría de tí.

XCIII.

No prives á los Ministros del altar, de la porcion de víctimas que deben pertenecerles.

XCIV.

Da á tus criados un alimento sano y suficiente. Si quieres que te amen, no les rehuses lo que tienen derecho de esperar de tí. No abuses del poder que tienes sobre ellos, y no añadas nuevas penas á sus males, y un nuevo envilecimiento á su humillacion. Á un criado extraño, no le indispongas ligeramente con su amo.

XCV.

Si tu criado es prudente, no te avergüences de tomar sus consejos.

XCVI.

Si tu alma es sana, tu cuer-

po será puro. Tales son las leyes de la justicia : conforma á ellas tu conducta , y la felicidad te acompañará hasta la última vejéz.



SENTENCIAS DE LOS SABIOS DE LA GRECIA.

De los Sabios de la Grecia.

En todos tiempos se ha abusado de las palabras. La fuerza y el espíritu que ella inspira, constituyeron entre los Romanos lo que llamaron virtud. Un Cantor hábil obtiene en la Italia moderna el título de virtuoso. Podría creerse que los Griegos fueron mas sensatos: estos llamaban sabio al mortal ilustrado,

que descollaba sobre el hombre vulgar por conocimientos entonces poco comunes en el arte de gobernar á sus semejantes; pero no se sabe qué pensar quando se les ve condecorar con tan bello titulo á un tirano cruel.

El verdadero sabio, poco conocido, poco curioso de hacerse conocer, goza de su virtud, y no afecta el manifestar las lágrimas que vierte sobre los vicios y desgracias de la humanidad: hace bien, callando: merece el aprecio de sus amigos: no se forma un partido; y vive y muere en la obscuridad.

Si tiene grandes talentos, si quiere hacerlos útiles, lleva freqüentemente al sepulcro el dolor de haber perdido el fruto de su zelo; y sus ingratos contem-

poráneos no pagan sus trabajos sino con el aborrecimiento; pero tendrá altares en el corazon de sus descendientes.

No están de acuerdo sobre el número de Sabios de la Grecia. Algunos no han admitido sino quatro, y otros han remontado su número á diez y siete; y han comprehendido freqüentemente entre ellos á Anacarsis, que no era Griego, y á aquel famoso dormilón, que experimentó en una caverna un sueño de cincuenta y siete años. ¿Querían hacernos entender, que era necesario ir á buscar la sabiduría al país de las fábulas?

Nosotros seguirémos la opinion comun, que no admite sino siete.

TALÉS.

Talés, de origen Fenicio, obtuvo el primero este título, y parece haberlo merecido. Nacido en Mileto, y encargado de la administracion de su patria, no daba al estúdio de la naturaleza sino los momentos que podia robar á los negocios.

La Grecia era todavía ignorante: los jóvenes Griegos iban á Egipto á buscar los conocimientos extrangeros á su patria. Talés aprendió allí la geometría, y las ciencias que llevó á sus conciudadanos. Él miraba la Inteligencia, ó Dios, como el autor y el alma del mundo; y el

agua, como el principio material de las cosas.

Esta doctrina del principio húmedo, era sin duda tomada de los Egipcios, que debian á la retirada, reciente aún, de la mar, una porcion considerable de su país: que encontraban conchas en el seno de las montañas, y en la substancia misma de sus metales: que no sacaban de sus pozos y sus fuentes sino un agua turbia y salada; y que recibian su subsistencia de las inundaciones del Nilo. De este modo fué como traxo del Egipto el Consul Maillet el mismo sistéma.

Talés nació 640 años antes de nuestra era, y vivió 80.

SOLÓN.

Nos dicen los antiguos que Solón descendia de Codro, último Rey de Atenas. La nobleza Ateniense no despreciaba el comercio, y se entregó á él. Sus costumbres no eran austéras. Un hombre que en nuestros dias imitára su vida floxa y delicada, que hiciera versos tan licenciosos, y que manifestára el mismo gusto en sus amores, no conseguiría generalmente la opinion de sabio.

No se dedicó á la física, que no consistia entonces sino en vanas especulaciones, y descuidaba la observacion y la experiencia.

La parte de la moral, que despues llamaron política, fué el solo objeto de sus estudios.

Los Atenienses gemian báxo las leyes de Dracón, que castigaban indiferentemente con pena de muerte todas las faltas; ó mas bien, vivian en la anarquía, porque las leyes atroces no encuentran executores. Solón fué elegido para dar nuevas leyes á su patria.

Éste no trataba de adular á aquellos que le habian procurado tan augusto empléo, ni de agradar á los hombres poderosos. Sin embargo, su legislacion no pudo escapar de la crítica, y aun él mismo no estaba satisfecho de ella. "Yo no he dado á
» los Atenienses, decia, las me-
» jores leyes; pero les he dado

„ las mejores que eran capaces
„ de recibir."

Todo el mundo sabe las palabras de Anacarsis : "¿En qué
„ te ocupas , caro Solón ? ¿No sa-
„ bes que las leyes son telas de
„ araña ? Los débiles quedan pre-
„ sos en ellas , y los fuertes las
„ rompen."

Le tachan el haber favorecido demasiadamente al pueblo; es que él le amaba , y veia con dolor quantos medios tienen los poderosos para oprimir al pobre, y quan pocos éste para defenderse.

Es cierto que dió un gran poder al pueblo , haciéndole juez en última instancia de todos los procesos ; y mas todavía , haciendo sus leyes tan obscuras , que era necesario ocurrir con fre-

qüencia al pueblo para interpretarlas.

Dió estas leyes 594 años antes de la era vulgar, y murió de edad de 80. Se habia lisonjeado de asegurar para siempre la libertad de sus conciudadanos; y tuvo el dolor de ver á Pisístrato, su amigo y su pariente, usurpar la tiranía.

Chilón.

Chilón, de Lacedemonia, fué revestido de la dignidad de Efóro 556 años antes de nuestra era. Sus juicios fueron dictados siempre por la justicia, y se echó en cara toda su vida el haberla hecho eludir una vez.

Uno de sus amigos se hizo reo, y tuvo el valor de condenarlo; pero le aconsejó que apeláse de su sentencia. Tal es la falta, que él mismo no podia perdonarse; pero queda absuelto por todos los corazones sensibles.

Su eloqüencia era la de su país; siempre fuerte, y encerrada en pocas palabras.

Murió de alegría, abrazando á su hijo, que en los juegos olímpicos acababa de ser vencedor en el combate del Cesto.

PITÁCO.

Pitáco, de Mitilena, en la Isla de Lesbos, deshizo, y arrojó al tirano Melancro, que oprimia

á su patria. Elevado él mismo á la soberanía, por el voto de sus conciudadanos, conservó diez años el poder para asegurarles su felicidad: hizo abdicacion de aquella, voluntariamente, y les dió la libertad. Batió á los Atenienses, y les mató al General con su propia mano. Escribió una obra en prosa sobre las leyes, y compuso un gran número de versos. Prefería á las grandezas y á la fortuna, las dulzuras de la mediocridad, y devolvió á Creso un rico presente que le hacía.

Nacido en la obscuridad, tuvo la debilidad de casarse con una muger de alta nobleza, que lo hizo desgraciado con su orgullo.

Bias.

Bias de Prieno se aprovechó de los favores de la fortuna para satisfacer su propension á la beneficencia. Rescató jóvenes cautivas de Mesena: cuidó de su educacion con toda la ternura de un padre, y las envió á su patria despues de haberlas dotado ricamente. Compuso una pieza de dos mil versos, sobre los medios de ser dichosos: él los habia hallado, supuesto que sabía hacer el bien.

Su eloqüencia tenia mucha fuerza y mucha viveza. En su vejéz defendió la causa de uno de sus amigos; y despues de

haber acabado de hablar, apoyó la cabeza sobre el pecho de su sobrino; y quando los Jueces sentenciaron á su favor, quisieron despertarle; pero habia ya exâlado el último suspiro.

Cleóbulo.

Cleóbulo, de Lindes, en la Isla de Rodas, fué elevado á la soberanía de su patria. Cultivó la poesía, y su hija Cleobulina mereció ser contada entre el número de las poetísas.

PERIANDRO.

Es una vergüenza para la Grecia el haber puesto á Periandro en el número de los Sabios. Algunos autores pensaron, que habian exîstido al mismo tiempo dos Periandros, uno sabio, y otro un tirano; pero la opinion general es, que el tirano y el pretendido sabio, no fueron sino un mismo sugeto.

Magistrado de Corinto, su patria, estaba rodeado de guardias bien armadas, y por este medio avasalló á sus conciudadanos. No sufria en su estado usurpado sino gentes, de las quales conocia bien el alma baxa y ser-

vil; y sus menores sospechas eran sentencias de muerte. En un rapto de cólera mató de una patada á su muger, que estaba en cinta, y desterró á su hijo porque la lloraba. Sus agitaciones, sus temores y sus remordimientos castigaron su tiranía, que no tuvo espíritu de abdicar. Su reynado y su tiranía duraron quarenta años. Endeble por la edad, y no pudiendo resistir mas los tormentos que le despedazaban, envió, durante la noche, dos jóvenes á emboscarse, con órden de asesinar al primer hombre que se les presentáse, y él mismo fué quien se ofreció á ellos, los quales le mataron sin reconocerlo.

Este monstruo, que alguna vez hablaba sabiamente, y que

era amigo de otros seis Sabios, vivió 80 años, y murió 585 antes de nuestra era vulgar.



SENTENCIAS DE LOS SABIOS DE LA GRECIA.

Talés.

I.

¿Quál es el estado mas felíz? Aquel en donde el Soberano puede, sin peligro, reposar mas largo tiempo.

II.

La esperanza es el solo bien comun á todos los hombres: los

que nada tienen, la poseen todavía.

III.

¡Dichosa familia la que no goza de grandes riquezas, y no sufre la pobreza!

IV.

Nada hay mas funesto, que la malignidad: ella hiere hasta el mismo hombre de bien á quien toca.

V.

No hagas tú lo que te desagrada en los otros.

VI.

No insultes los males del desgraciado, porque la venganza del Cielo está pronta en su favor.

VII.

Ama á tus parientes, y si te ocasionan algunas ligeras incomodidades, aprende á soportarlas.

VIII.

Nada hay tan antiguo como Dios, porque no ha sido criado: nada mas hermoso que el mundo, y es obra de Dios: nada mas activo que el pensamiento; éste recorre todo el universo: nada mas fuerte que la necesidad, porque todo se somete á ella; y nada mas sabio que el tiempo, supuesto que á él se le deben todos los descubrimientos.

XI.

Conoce la ocasion, y no publiques antes de ella lo que quie-

res hacer; porque de otro modo, faltará tu proyecto, y darás que reír á tus envidiosos.

X.

Talés, observando los astros, cayó en un hoyo. "No ha lo-„grado mas que lo que mere-„cia:" dixo una muger de Tracia, que le servia: "Él quiere leer „en los Cielos, y ni aun sabe „lo que está á sus pies."

Solón.

XI.

Los cortesanos se parecen á las fichas de que los jugadores se valen para contar: ellas cam-

bian su valor segun el interés del que las emplea.

XII.

Muchos malos se enriquecen, y muchos hombres virtuosos gimen en la miseria. ¿Querría yo dar mi virtud por los tesoros del malo? No, sin duda: yo puedo conservar mi corazon en toda su pureza; y las riquezas cambian cada dia de dueño.

XIII.

No des á tus amigos los consejos mas agradables, sino los mas ventajosos.

XIV.

Solón habia perdido su hijo, y le lloraba. Le representaron que no podia hacerle bien algu-

no con sus lágrimas. "Por eso „ mismo las vierto" fué su respuesta.

XV.

Sabio Ateniense, le decia Creso, mi fortuna te parece sin duda bien poca cosa, quando no te dignas ni aun de compararme á los simples ciudadanos. Creso, le dixo el sabio, ¿para qué me exâminas acerca de las prosperidades humanas, á mí, que sé quan envidiosa y mudable es la fortuna? En una larga série de años, se ven bastantes cosas que no querrían verse, y se sufren muchos males que no se habrían querido soportar. Yo veo muy bien, que posées grandes riquezas, que reynas sobre numerosos pueblos; ¿pero puedo yo

llamarte dichoso , quando ignoro qual será el fin de tu carrera? Si la fortuna no concede al rico el acabar felízmente su vida , no es mas afortunado con todas sus riquezas , que el pobre que cada dia gana su sustento para vivir. ¡Quantos mortales opulentos no vemos, que al mismo tiempo son muy desgraciados! Pero tambien se hallan hombres que viven contentos en la mediocridad. Al hombre le es imposible el reunir en sí mismo todo lo que le constituye felíz. Un solo país no junta todas las producciones; tiene algunas , le faltan otras , y el mejor de todos , es aquel que junta las mas. Así , un solo hombre no posée todas las ventajas: él goza de algunas , y le faltan otras ; pero aquel que mas cons-

tantemente tiene el mayor número, y termina felízmente su vida, ese es el hombre á quien yo llamo dichoso. ¡Á quantos mortales no han colmado los dioses de todos los favores de la fortuna, para hacerles caer despues en las mayores calamidades!

XVI.

La casa mas dichosa es aquella que no debe sus riquezas á la injusticia; que no las conserva de mala fé, y á la que sus gastos no ocasionan arrepentimiento.

XVII.

Pocos delitos se cometerían si los testigos de la injusticia no estuvieran menos indignados que

los desgraciados que son sus víctimas.

XVIII.

Mientras vivas, procura instruírte: no pienses que la vejéz trayga consigo la razon.

XIX.

La sociedad está bien ordenada, quando los ciudadanos obedecen á los Magistrados, y los Magistrados á las leyes.

XX.

Teme el deleyte; él es quien engendra el dolor.

XXI.

No te apresures para hacerte amigos nuevos, ni para dexar los que ya tienes.

XXII.

Ó no te acerques á los Reyes, ó diles lo que les es útil saber.

XXIII.

Guárdate bien de decir todo lo que sabes.

XXIV.

Solón callaba en la mesa. Díxole Periandro: ¿por qué no dices algo? ¿es por simpleza, ó esterilidad de palabras? Solón le respondió: ¿no sabes que es imposible al necio el callar en una comida?



Chilón.

XXV.

¡Tú gimes por tus desgracias! Si consideráras lo que sufren los otros, te quejarías menos de tus males.

XXVI.

Lo mejor que un Príncipe tiene que hacer, es no creer á ninguno de los que le rodean.

XXVII.

Conocete á tí mismo. Nada es mas dificil: el amor propio exâgera siempre nuestro mérito á nuestros propios ojos.

XXVIII.

Tú hablas mal de los otros: ¿no temes el mal que dirán de tí?

XXIX.

Si tus amigos te convidan á comer, llega tarde, si quieres; pero sí te llaman para consolarlos, date priesa.

XXX.

Mas vale perder, que hacer una ganancia vergonzosa.

XXXI.

Desconfia siempre del hombre que se apresura en meterse en agenos negocios.

XXXII.

Haz perdonar tu poder por tu dulzura: merece ser amado, y teme el ser temido.

XXXIII.

No permitas á tu lengua el anticiparse á tu discurso.

XXXIV.

Guardar el secreto, emplear bien el tiempo desocupado, y soportar las injurias, son tres cosas bien dificiles.

XXXV.

La piedra de toque hace conocer la qualidad del oro, y el oro el carácter de los hombres.

PITÁCO.

XXXVI.

Un hijo queria pleytear contra su padre. Pitáco le dixo: "tú
„ serás condenado, si tu causa
„ es menos justa que la suya; y
„ si es mas justa, tambien serás
„ condenado."

XXXVII.

Dichoso es el Príncipe, quando sus vasallos temen por él, y á él no le temen.

XXXVIII.

Si respondes de otro, el arrepentimiento no está lejos.

XXXIX.

El hombre prudente sabe precaber el mal, y el esforzado soportarlo sin quejarse.

XL.

Yo amo la casa, en la qual no veo nada superfluo, y encuentro lo necesario.

XLI.

¿Quieres conocer un hombre? revistelo de un gran poder.

XLII.

El estado es felíz, quando los malos no pueden mandar en él.

XLIII.

Espera de tus hijos, en tu

vejéz, lo mismo que habrás hecho con tu padre.

XLIV.

Oculta tu felicidad; pero huyendo de la envidia, no excites la compasion.

XLV.

Quando mandes á los otros, sabe gobernarte á tí mismo.

Bias.

XLVI.

El mas infelíz de los hombres, es aquel que no sabe soportar la desgracia.

XLVII.

Monarca, tú quieres cubrirte de gloria: sé, pues, el primero á someterte á las leyes de tu Imperio.

XLVIII.

El hombre malo, supone á todos los demas tan pérfidos como él: los buenos son faciles de engañar.

XLIX.

Aquellas gentes que aplican toda su inteligencia á cosas inútiles, se parecen bastante al páxaro nocturno, que ve claro en las tinieblas, y queda ciego con la claridad del sol. Su entendimiento está lleno de sagacidad quando lo aplican á sábias ba-

gatelas, y nada ve quando es herido de la verdadera luz.

L.

Solo la buena conciencia es superior al temor.

L I.

Desear lo imposible, ser insensible á la pena de los otros, ve aquí dos grandes enfermedades del alma.

L II.

Si te constituyes árbitro entre dos amigos, te harás un amigo del que favorezcas. Si osas erigirte juez entre dos de tus amigos, está seguro en que vas á perder el uno.

LIII.

Escucha mucho, y no hables sino á proposito.

LIV.

Bias lloraba al condenar á un hombre. Díxole uno: "Si lloras „ por el culpado, ¿por qué le „ condenas?" Es menester, respondió, seguir la naturaleza, que nos inspira la compasion, y obedecer á la ley.

CLEÓBULO.

LV.

¡Oxalá que yo viviera en un estado donde los ciudadanos te-

mieran menos las leyes que la vergüenza.

LVI.

Sé rico sin orgullo, pobre sin abatimiento; mira con horror la injusticia, observa la devocion, contribuye á la felicidad de tus conciudadanos, reprime tu lengua, no hagas nada con violencia, instruye á tus hijos, apaga las querellas, y mira como á enemigos tuyos á los del Estado, y éste es el carácter de la virtud.

LVII.

Escoge muger entre tus iguales. Si la eliges de una clase elevada, no tendrás aliados, sino tiranos.

LVIII.

No te pongas jamás de parte de un chancero, porque vendrás á parar en hacerte un enemigo de su víctima.

LIX.

Muchas palabras, aun mas ignorancia; esto es lo que encuentro en la mayor parte de los hombres.

LX.

Derrama tus beneficios sobre tus amigos, para que te amen mas tiernamente todavía: derramalos tambien sobre tus enemigos, para que al fin vengan á ser tus amigos.

PERIÁNDRO.

LXI.

El deleyte no dura mas que un instante: la virtud es inmortal.

LXII.

Aunque brillante con todo el explendor de la fortuna, y agobiado con los mas horribles reveses, haz que tus amigos te hallen siempre el mismo.

LXIII.

Si de tí han exîgido por fuerza promesas dañosas; anda, que nada has prometido.

LXIV.

Quando hables de tu enemigo, piensa que algun dia tal vez serás su amigo.

LXV.

No te contentes con reprehender á los que han cometido faltas; procura contener á los que van á cometerlas.

LXVI.

¿Quieres reynar con seguridad? no te hagas rodear de satélites armados de aceros: no tengas otra guardia sino el amor de de tus vasallos.

LOS VERSOS DORADOS ATRIBUÍDOS Á PITÁGORAS.

DE PITÁGORAS.

Solo Talés, entre los Sabios de la Grecia, instruído por los Sacerdotes del Egipto, habia cultivado la astronomía, la física y la geometría. Nadie, despues de él, se dexó ver con mas brillo que Pitágoras de Samos, hijo de Mnesarco y de Parténis. Él tomó lecciones de Ferecido, discípulo de Pitáco; pero su genio

ardiente, y su codiciosa curiosidad, no le permitian el permanecer en esta escuela.

Viajó por todos los países, en los quales creyó hallar en que instruírse; visitó á los Sacerdotes de la Caldéa; y han pretendido tambien, que habia penetrado hasta la India, en donde recibió instrucciones de los Gimnosofistas. Á lo menos, és cierto, que permaneció largo tiempo en Egipto.

La Grecia se habia elevado ya sobre todas las naciones, por los encantos de una lengua tan rica como harmoniosa, y por los cantos de Homero y de Hesiodo; pero allí se conocian poco todavía las ciencias especulativas; y los jóvenes no hallaban otro medio de instruírse, que el via-

jar en los pueblos ilustrados mucho antes. Sin embargo, sus talentos no estaban preparados para recoger los frutos que esperaban de sus fatigas. Discípulos sumisos, y prevenidos de una perjudicial admiracion hácia sus maestros, recibian sin exâmen quanto los Sacerdotes del Egipto se dignaban comunicarles. Ellos tomaban los sueños de aquellos tristes pensadores, sus preocupaciones, sus errores, y hasta sus mentiras, por verdades sublimes, y daban el nombre de sabiduría al conjunto informe de ideas místicas, que traxeron á su patria. Tal es el origen de esta falsa metafísica introducida en la Grecia por Pitágoras, adoptada seguidamente por Timéo, sobrecargada por Platón de nuevas suti-

lezas, mas obscurecida todavía por sus discípulos, y que ha dañado tan largo tiempo á los progresos de la verdad.

En Crotona fué en donde se estableció Pitágoras, y de esto tomó su secta el nombre de Itálica. Los Sacerdotes del Egipto hacian un gran misterio de su doctrina, y se hizo un deber el imitarlos; pero si él creía sus principios útiles, ¿podia inocentemente tenerlos reservados?

Sus discípulos llevaron hasta el fanatismo la observancia del misterio. En el tiempo que Dionisio reynaba en Siracusa, un cierto Mullias, y Timicha, su muger, eran de la secta pitagórica. El Príncipe queria saber de ellos la causa de la aversion que esta secta tenia á las hábas: Timi-

cha, temerosa de que la hiciesen sufrir torturas superiores á su sexô, dicen, se cortó la lengua con los dientes, y la escupió á la cara de Dionisio.

La escuela de Pitágoras era realmente una especie de claustro. En él se empezaba por un duro noviciado. Era necesario observar en él cinco años el silencio. Despues de este tiempo de prueba, se tenia la comunidad de bienes. Las carnes de ciertos animales estaban prohibidas: no podian comerse sino partes determinadas de algunos otros; estaba ordenado severamente el abstenerse de comer hábas y pescados. Si algun discípulo se disgustaba de la escuela, y salia de ella, se celebraban sus exêquias.

Pitágoras habia traído todas estas prácticas del Egipto, así como su teología. Enseñaba que un Dios único y Criador habia formado los dioses inmortales, semejantes á él; y inferiores á ellos, á los demonios y á los héroes. Los demonios ó genios, eran los ministros del Dios Supremo; estaban colocados en diferentes esferas, y el ayre lleno de ellos. Estos enviaban á los hombres los sueños, la salud, las enfermedades: ellos solos eran los que obraban sobre los seres criados: á ellos se dirigian las ceremonias religiosas, las expiaciones, las oblaciones y las purificaciones. Era necesario orar á los demonios al medio dia; y los dioses podian invocarse á toda hora.

Lo singular es, que Pitágo-

ras ataba su moral á este sisté-
ma gerárquico. Debemos, decia, amar á nuestros padres y á nuestras madres, porqué ellos nos representan á los dioses inmortales: debemos amar á nuestros parientes, porque son para nosotros la imagen de los genios; y en nuestros amigos, debemos considerar las almas dichosas, que despues de haber animado cuerpos mortales, son admitidas en los Coros Celestiales (1).

---

(1) Escucho con respeto á Pitágoras, quando me manda mirar á mi padre como imagen de los dioses mismos; pero no puedo menos de hallarle un poco extravagante, quando quiere que mire á mis parientes como genios, y á mis amigos como almas.

No obstante este singular capricho, no ha dexado Pitágoras de esparcir máxîmas muy puras de moral. Los versos dorados que corren con su nombre, y contienen su doctrina, son de Lysis, uno de sus discípulos. Éste es uno de aquellos monumentos antiguos, que se conservan con respeto precisamente, porque son antiguos. Fuera de esto, queremos convencernos á nosotros mismos con monumentos multiplicados, de que la moral es una, que es de todos los tiempos, y de que el hombre no puede faltar á sus deberes, sin ofender la razon universal de donde son emanados. Esto es lo que forma el valor de la mayor parte de las sentencias esparcidas en este volumen.

Pitágoras sostituyó al nombre de sabio el de filosofo, amigo de la sabiduria. La verdadera sabiduría es una perfeccion del talento y del carácter, dependiente en parte de la organizacion, perfeccionada por medio del estúdio y el exercicio: la filosofia se hace una profesion. Ésta habria sido á lo menos la primera de todas, si los Griegos no la hubieran degradado con la charlataneria. La república Romana tuvo luego ciudadanos, magistrados y guerreros filósofos: varios entre ellos escribieron obras filosóficas: otros tuvieron la debilidad de abrazar sectas; pero ninguno hizo un oficio de la filosofía.

Pretenden que Pitágoras se lisongeaba de oir distintamente la

música de los cuerpos celestes: que se dexó ver en los juegos olímpicos con un muslo de oro: que estuvo un año entero, y segun otros, siete, encerrado en una caverna: que supuso volver de los infiernos, contando al pueblo todo lo que habia pasado durante su ausencia, porque su madre le habia dado una fiel apuntacion de todo ello. Si no ha sido calumniada su memoria; si él se ha hecho culpable de este manejo, este Patriarca de la filosofía habia hecho muy bien de renunciar el título de Sabio, y no merecia el de amigo de la sabiduría.

Los autores no están de acuerdo acerca de la relacion de su muerte; pero la mayor parte conviene en que acabó sus dias

por una muerte violenta. La opinion mas general es, que los Crotoniatos, sabedores de que Pitágoras y sus discípulos estaban reunidos en casa de Milon, pusieron fuego á la habitacion de este atleta: que Pitágoras llegó á salvarse atravesando las llamas: que anduvo errante de pueblo en pueblo, sin que nadie quisiera recibirle; y que murió de hambre en un templo á donde se habia refugiado. Otros dicen, que hallandose perseguido, fué arrestado por un campo de habas; el qual, siendo para él un muro de bronce, y no osando el atravesarlo, le asesinaron junto á él. Todas sus escuelas fueron destruídas en la grande Grecia.

Pero ¿por qué razon se le perseguia con tanta violencia?

Era porque la secta de Pitágoras, con su aparato místico y monástico, venía á ser una especie de nueva religion, intolerante y destructiva del órden social: era tambien porque Pitágoras tenia la ambicion de mezclarse en los negocios de los gobiernos para dirigirlos; ambicion que trasmitió á sus discípulos, y causó su ruina hácia los tiempos de Filipo y de Alexandro. "Abrazad, decia Pitágoras, el género de vida mas conforme á la virtud. Puede ser que sea el mas penoso; pero por la costumbre, viene á ser el mas agradable."

Le preguntaron si los hombres podian parecerse á los dioses. Sí, respondió, y es quando dicen la verdad.

Él fué qnien introduxo en

el occidente la doctrina de la trasmigracion de las almas, tan antigua en la India, y desde donde penetró hasta el Egipto.



LOS VERSOS DORADOS ATRIBUÍDOS Á PITÁGORAS.

I.

Reverencia á los dioses inmortales , ésta es tu primera obligacion. Honralos como lo manda la ley.

II.

Respeta el juramento : venera tambien á los héroes dignos de tanta admiracion , y á los demonios terrestres : dales

el culto que es debido (1).

III.

Respeta á tu padre y á tu madre, y á tus próxîmos parientes.

IV.

Escoge para amigo tuyo el hombre mas virtuoso que conozcas. No te resistas á la dulzura de sus consejos, y sigue sus útiles exemplos.

---

(1) El Dios criador, los dioses inmortales, los héroes ó genios, los demonios terrestres, ó las almas que habian pertenecido á hombres virtuosos, formaban la gerarquía pitagórica. Fué aumentada despues por los platónicos.

V.

Teme el reñir con tu amigo por una falta ligera.

VI.

Si puedes hacer bien, debes hacerlo: la posibilidad en este caso, es vecina de la necesidad. Tales son los preceptos que debes seguir.

VII.

Haz costumbre de sujetar la glotonería, el sueño, la concupiscencia y la cólera.

VIII.

Nada hagas que sea vergonzoso, ni en presencia de los otros, ni en secreto. Sea tu primera ley el respetarte á tí mismo.

IX.

Haz que la equidad presida á todas tus acciones, y que acompáñe todas tus palabras.

X.

Sea la razon la que te conduzca en todas tus cosas, aun las mas pequeñas.

XI.

Acuérdate bien de que todos los hombres están destinados á la muerte.

XII.

La fortuna tiene gusto en mudarse: ella se dexa poseér, y ella se escapa. ¿ Experimentas tú algunos de estos reveses, que los destinos hacen sufrir á los mor-

tales? sabe soportarlos con paciencia, no te indignes contra la suerte. Permitido es el buscar medios de reparar nuestras desgracias; pero persuadete bien á que la fortuna no envia á los mortales virtuosos males sobre sus fuerzas.

XIII.

Entre los hombres se tienen buenos discursos, y malos propósitos. No te dexes asustar de vanas palabras; ni permitas que ellas te distraygan de los honrados proyectos que hayas formado.

XIV.

Si te ves atacado por la mentira, ten paciencia, y soporta este mal con dulzura.

XV.

Observa bien lo que queda que prescribirte: que nadie con sus acciones, ni con sus discursos pueda empeñarte á decir, ni hacer cosa alguna, que pueda dañarte algun dia.

XVI.

Consultate bien antes de obrar: teme, por tu precipitacion, el tener que avergonzarte de tu locura. Decir y hacer simplezas, es el patrimonio de un necio.

XVII.

Nada comiences, de que luego puedas arrepentirte. Guárdate de emprehender lo que no sabes executar, y empieza por instruirte en lo que debes saber. De

este modo tendrás una vida deliciosa.

XVIII.

No descuides tu salud: dale á tu cuerpo, pero con moderacion, la bebida, la comida y el exercicio. La medida que te prescribo, es la que no sabrás traspasar sin daño tuyo.

XIX.

Sea sana tu mesa, y el luxo no parezca en ella.

XX.

Evita el hacer aquello que pueda atraerte la envidia.

XXI.

No trates de brillar por tus gastos desarreglados, como si ig-

noráras lo que es bueno y conveniente. Tampoco te piques de ahorrar excesivamente. Nada es preferible á la justa medida que es necesario tener en todas las cosas.

XXII.

No trames proyecto que pueda ser contra tí mismo: reflexîona antes de emprehender.

XXIII.

No abandones tus ojos á las dulzuras del sueño antes de haber exâminado, por tres veces, las acciones del dia. ¿Qué falta he cometido? ¿Qué he hecho? ¿A qué obligacion he faltado? Empieza por la primera de tus acciones, y recorrelas así todas. Echate en cara el mal que

has hecho ; y gozate de lo bueno que hayas practicado (1).

XXIV.

Medita sobre los preceptos que acabo de darte ; trabaja en ponerlos en práctica , y aprende á amarlos. Ellos te conducirán sobre las huellas de la divina virtud ; yo te lo juro por aquel que ha trasmitido á nuestras almas el sagrado quaterno (2), fuente de la naturaleza eterna.

---

(1) Esta máxîma merece bien el que se conserven con respeto los versos dorados.

(2) Entre los Pitagóricos la monada ó unidad representa al mismo Dios , porque éste no es engendrado por ningun número , y él los engendra todos , porque es simple,

y

XXV.

Antes de comenzar cosa alguna, dirige tus votos á los inmortales, que son los únicos que pueden consumar tu obra. Siguiendo estas prácticas, llegarás

---

y sin ninguna composicion. La diada, ó el número dos, es la imagen de la naturaleza criada, porque él es el primer producido de la unidad, porque es compuesto, porque teniendo partes, puede descomponerse y disolverse. La monada y la diada reunidas forman el terno, y representan la inmensidad de todo lo que exîste, el Sér inmutable, y la materia alterable y mudable. Yo ignoro por qué propiedad el quaterno, el número quatro, es tambien un emblema de la divinidad.

á conocer por qué concordia están ligados los dioses á los mortales, quáles son los pasages de todos los seres, y qué poder los domína. Tú conocerás, como es justo, que la naturaleza es semejante en todo á ella misma. Entonces cesarás de aguardar lo que esperarías en vano, y nada te será oculto (1).

XXVI.

Tú conocerás que los hombres mismos son los artífices de sus propias desgracias. ¡Desdichados! Ellos no ven los bienes que tienen báxo de sus ojos; sus

---

(1) Pitágoras creyó sin duda entender todo esto, y todo el mundo creia tambien entenderlo en su escuela.

oídos se cierran á la verdad que les habla. ¡Quan poco conocen los verdaderos remedios de sus males! ¡Este es, pues, el modo con que el destíno hiere el entendimiento de los humanos! Semejantes á cilindros fragiles, ruedan acá y allá, se chocan sin cesar, y se rompen los unos contra los otros.

XXVII.

La triste discordia, nacida con ellos, les acompaña siempre, y los hiere sin dexar que lo perciban. No hay que luchar contra ella, sino huírla cediendo.

XXVIII.

¡Óh Júpiter, padre de todos los humanos, vos podriais librarlos de los males que los agobian,

y hacerles conocer qual es el genio funesto, al qual se abandonan!

XXIX.

Mortal, ten una justa confianza. De los dioses mismos traen su origen los humanos: la santa naturaleza les descubre todos sus secretos mas ocultos (1). Si ella se digna de comunicártelos, no

(1) Los Pitagóricos creían poder comunicar con los dioses, y participar de su ciencia por la abstinencia y las purificaciones. Porfiro nos dice, que algunos tristes contemplativos se han sacado alguna vez los ojos para percibir mejor la verdad interior, desprendiéndose del espectáculo de las cosas terrenas.

te será dificil el observar mis preceptos. Busca remedios á los males que sufres, y tu alma recobrará bien presto la salud.

XXX.

Pero abstente de los alimentos que te he prohibido. Aprende á discernir lo que es necesario en la purificacion y libertad del alma. Exâminalo todo, da á tu razon el primer lugar; y contento con dexarte conducir, abandonarla las riendas.

XXXI.

De este modo, quando hayas dexado tus mortales despojos, subirás al ayre libre, vendrás á ser un Dios inmortal, incorruptible, y la muerte no tendrá mas imperio sobre tí.

SENTENCIAS DE DEMÓFILO Y DE DEMÓCRATES.

Sentencias de Demófilo, pitagórico (1).

I.

No dexes á tu razon caer en la languidéz : su sueño es mas funesto que el de la muerte.

(1) Las sentencias de Demófilo y de Demócrates , y las cartas,

 cu-

II.

Dios no puede experimentar la cólera. Él castigará, sin duda, á los culpables que rehusan conocerle; herirá al impío, pero sin irritarse. Los hombres se enfadan porque se resiste á su voluntad; pero ¿puede hacerse nada contra la voluntad de Dios?

III.

El sabio honra á la Divinidad hasta en su silencio: él le agrada, no con sus palabras, sino con sus acciones.

---

cuya traduccion darémos seguidamente, se encuentran en una recopilacion intitulada: *Opuscula mythologica, physica, et ethica, græcè et latinè*. Amstelædami 1688.

IV.

Yo compáro la vida á las cuerdas de un instrumento de música, que es necesario extender y templar, para que produzcan un tono agradable.

V.

Mucho mas útil es entretenerse uno consigo mismo, que con los otros.

VI.

Los hombres que se alaban mas, se parecen freqüentemente á las armas doradas: el exterior es precioso, pero en quitándolas la superficie, no hallarás mas que un vil metal.

VII.

No hay otros verdaderos bienes, que los del entendimiento. Pueden comunicarse sin perder nada ; ellos se aumentan quando se reparten. Pero tan rico tesoro, no puede adquirirse en el seno de la pereza.

VIII.

Las palabras del sabio son semejantes á aquellos bálsamos saludables, que nos alivian en nuestros males, y nos alegran en el estado de la buena salud.

IX.

Rie del desprécio, y de los elogios del insensato : mira su vida entera como un oprobrio.

X.

El sabio se retira tan modestamente de la vida, como de un festin.

XI.

Los sacrificios de los insensatos, no son otra cosa sino pábulo para el fuego; y las ofrendas que depositan en los templos, atractivos para los ladrones sacrílegos.

XII.

La falsedad no puede sostenerse largo tiempo: ella no engaña sino un instante.

XIII.

La anchura excesiva de los vestidos, embaraza los movimien-

tos del cuerpo; una gran fortuna constriñe los del alma.

XIV.

El hombre injusto lleva su castigo en el pecho, mas cruelmente atormentado por la conciencia y conocimiento de sus crímenes, que si fuera hecho pedazos por los azotes de las furias.

XV.

En el fin de la carrera es en donde se recibe el premio de ella; hácia el término de la vida se logra la palma de la sabiduría.

XVI.

Los males que causes á los

otros, no tardarán en caer sobre tí mismo.

XVII.

La tierra nos hace esperar un año entero sus presentes: cada instante se recogen los frutos sabrosos de la amistad.

XVIII.

Luego que el viento es favorable, se precave el prudente marinero contra la tempestad: el sabio, en la prosperidad, procura recursos contra la desgracia.

XIX.

No creas que adquieres una ciencia despreciable, si aprendes á soportar la simpleza de los ignorantes.

XX.

Prefiere el extraño que ama la justicia, á tus mas próxîmos parientes, que no la respetan.

XXI.

Haz lo que sabes que es honesto, sin esperar por ello alguna gloria: no olvides que el vulgar es malísimo juez de las buenas acciones.

XXII.

El músico sabe templar su Lyra, y el sabio poner su entendimiento de acuerdo con todos los entendimientos.

XXIII.

Presta tu confianza á las acciones de los hombres, y no á

sus discursos: no vemos otra cosa sino gentes que viven mal, y hablan bien.

XXIV.

Entregarse á las pérfidas insinuaciones del adulador, es beber el veneno en copa de oro.

XXV.

Las Golondrinas nos traen la bella estacion; y las palabras del sabio, la tranquilidad del alma.

XXVI.

No prometas maravillas, y haz cosas grandes.

XXVII.

En el seno de la templanza es en donde el alma reune todas sus fuerzas, y en la calma

de las pasiones se ilustra con la luz verdadera. ¿No vale mas la insensibilidad del sepulcro, que la inutilidad de un espíritu ofuscado con la incontinencia?

XXVIII.

El furioso vuelve sus armas contra su propio pecho: el insensato no usa de sus riquezas, sino para dañarse á sí mismo.

XXIX.

¿Llamarás felíz al que funda su felicidad sobre sus hijos, sobre sus amigos, y sobre cosas frágiles y perecederas? En una palabra, toda su felicidad puede desvanecerse. No conozcas otro apoyo que á tí mismo, y á la divinidad.

XXX.

Lo mismo son los jóvenes, que las plantas: en sus primeros frutos manifiestan ya lo que podrán ser despues.



SENTENCIAS DE DEMÓCRATES.

I.

En perfeccionando la razon, se pueden corregir bien los vicios del cuerpo; pero las fuerzas del cuerpo, si la razon no las dirige, no pueden hacer mejor al espíritu.

II.

Muy bueno es el oponerse á los atentados del hombre injusto: si no tienes poder para ello, no te hagas, á lo menos, cómplice suyo.

III.

Evita las faltas, no por temor, sino porque lo debes.

IV.

Las ventajas del cuerpo, ni todas las de la fortuna, no califican la felicidad: ésta no se halla sino en la rectitud y en la equidad.

V.

Siempre le queda al desgraciado una bien dulce satisfaccion; y ésta es la de haber cumplido con su deber.

VI.

Si has hecho una cosa vergonzosa, empieza á avergonzarte de tí mismo. El culpable que

se arrepiente, aun no está perdido.

VII.

No te piden muchas palabras; de tí se exîge la verdad.

VIII.

Si soportas injusticias, consuelate: la verdadera desgracia es cometerlas.

IX.

No te avergüences de someterte á las leyes, al Príncipe, y al sabio, que sabe mas que tú.

X.

Esas gentes que gustan de contradecir, y que quieren sabérselo todo, tienen una desgracia;

y es, que no pueden aprender lo que es verdaderamente útil. Es perder el tiempo el querer ilustrar al orgulloso que se admira él mismo de sus propias luces.

XI.

Hay caractéres felices, que sin haber cultivado la razon, arreglan sin embargo á ella toda su vida.

XII.

No te se puede echar en cara injusticia alguna: esto es poco; destierra tambien la injusticia de tu pensamiento. No son solo las acciones, sino la voluntad, la que distingue al bueno del malo.

XIII.

Los necios nada aprenden de la razon; la adversidad puede instruírlos. Alguna vez se ha visto al imprudente hacerse sabio en la desgracia.

XIV.

No son las bellas palabras sino una conducta virtuosa, la que da homenage á la virtud.

XV.

La fuerza y la hermosura dan el precio á un caballo generoso; las buenas costumbres forman el de el hombre.

XVI.

Para exercer un oficio se comienza por el aprendizage; pa-

ra practicar la sabiduría, es necesario haber hecho un estúdio de ella.

XVII.

Todo está perdido quando los malos sirven de exemplo, y los buenos de mofa.

XVIII.

¿No es una vergüenza el pretender internarse en los negocios agenos, y no conocer los propios?

XIX.

El que siempre difiere, dexará su obra imperfecta.

XX.

Se ve una tropa de gentes que parecen maravillosas, y que

no pagan sino con la apariencia: todo lo hacen con palabras, y jamás obran.

XXI.

No es inútil el adquirir riquezas; pero nada es mas dañoso, que el adquirirlas injustamente. ¡Dichoso aquel que une un juicio sano á los favores de la fortuna! Él sabrá, quando llégue la ocasion, hacer un buen uso de sus tesoros.

XXII.

La ignorancia del bien, es la causa del mal.

XXIII.

¿No es una odiosa presuncion, la de querer hablar de todo, y no querer escuchar nada?

XXIV.

Antes de recibir un beneficio, exâmina con cuidado cómo podrás manifestar tu reconocimiento.

XXV.

Observa de cerca al malo, por miedo de que se aproveche de la ocasion para hacer mal.

XXVI.

¡Quán poco cuesta á veces el exercer la humanidad! Un pequeño beneficio hecho á propósito, puede alguna vez salvar el honor, ó la vida de aquel que lo recibe.

XXVII.

Pero aquel á quien vóy á

servir, puede ser que sea un bribón, que no manifieste su reconocimiento sino por el mal que intenta hacerme. . . . El hombre bienhechor busca el contentar su corazon: ¿qué le importa el reconocimiento?

XXVIII.

Alaba las buenas acciones: el prostituír aplausos á las que no lo merecen, es tener el alma vil de un báxo impostor. Mas acuerdate de que el sabio no desdeña la estimacion que hacen de él, y de que jamás se manifestará inferior á los honores que le serán consagrados.

XXIX.

¿Es digno de vivir el que no puede ni aun hallar un solo

amigo? ¿Y puede ser, por ventura, amado el que á nadie ama?

XXX.

Los que siempre tienen la queja en la boca, son incapaces de encontrar amigos.

XXXI.

Hombres, no riamos de las flaquezas humanas: ellas deben mas bien hacernos verter lágrimas.

XXXII.

Alabar á las gentes medianas, es hacerlas bastante daño.

XXXIII.

Dexa que los otros te elogien, y si no conoces las qua-

lidades que te celebran, convencete de que son aduladores.

XXXIV.

La amistad de un solo sabio, vale mas que la de un gran número de locos.

XXXV.

La vida es un pasage, el mundo un teatro: se entra, se mira, y se sale.



CARTA DE TÉANO Á EUBULA (1).

Téano á Eubula, prosperidad. Tengo noticia de que criais vuestros hijos con demasiada delicadeza. La obligacion de una madre, no es el preparar á sus hijos para el deleyte, sino formarlos para la templanza. En queriendo cumplir acerca de los vuestros con el deber de una tierna madre, temblad de hacer el pa-

(1) Téano era muger de Pitágoras: dexó algunos escritos.

pel de un adulador perjudicial.

¡Vos manteneis su infancia en la blandura, y creéis que tendrán algun dia la entereza necesaria para renunciarla! ¡Vos les haceis tomar gusto á los placeres, y os lisongeais de que algun dia los pospondrán á las fatigas! ¡Ah, mi querida Eubula, creeis educarlos, y no haceis mas que corromperlos!

Y no digas que exâgéro. ¿Conoceis, por ventura, una corrupcion mas funesta, que la de disponer nuevos corazones para la blandura, jóvenes cuerpos para la delicadeza; que la de destruir la energía de las almas; la de romper toda la fuerza de los cuerpos, y la de hacerlos incapaces de resistir á los mas floxos trabajos? ¡Qué! ¿no será corrom-

per los infantes el hacerlos tímidos, y unas masas sin actividad?

Temed igualmente el ver vuestros discípulos rehusarse al trabajo, y entregarse á los placeres: que solo lo hermoso tenga atractivos para ellos: que giman de horror á la sola idea del vicio. ¿Quereis, pues, hacerlos libertinos, disipadores, y hombres inútiles, que solo se ocupen en bagatelas? ¿Que la costumbre les enseñe á desafiar á las penas y á los peligros? Algun dia se verán sometidos á las fatigas, y algun dia conocerán el dolor. ¿Temeis que no lleguen á ser sus esclavos? Preparadlos para que no sean vencidos por él. En su edad, nada es indiferente: no les permitais que lo digan todo, y no

los abandoneis indiferentemente á todos sus gustos.

Trabajo me cuesta el creer lo que me dicen. Me aseguran que os estremeceis quando lloran: que vuestro principal estúdio es hacerlos reir: que teneis la debilidad de reir vos misma, quando os insultan; ¡ vos su madre! y quando cascan á su nodriza. Sé tambien que os ocupais toda en procurarles la frescura en el Verano, y el calor en el Invierno. Si alguna cosa puede lisongear sus caprichos, vos estais pronta para satisfacerselos y prevenirselos: no tienen tiempo para desear. ¿Se crian así los hijos de los pobres? No los alimentan tan delicadamente; no crecen sino mejor, y adquieren mejor constitucion.

¿Quereis criar una raza de Sardanápalos, y destruir en su nacimiento el vigor masculino de vuestra posteridad?

Decidme, pues, mi querida Eubula, ¿qué intentais hacer con un niño que se pone á llorar, si tardan un instante en darle de comer: que rehusa el alimentarse, si no le presentan los manjares mas golosos: que cae en la languidéz, desde que tiene calor: que tirita al menor frio: que se enfada si lo toman: que se enfurece si faltan á adivinar sus fantasías: que se abandona á la molicie, y no contrae sino hábitos afeminados?

Vivid persuadida á que una educacion voluptuosa no producirá jamás sino un esclavo. Apartad de vuestros hijos la delicade-

za, si quereis formar hombres: que su educacion sea austéra: que soporten el frio y el calor, la sed y el hambre: que tengan miramientos y complacencia con sus iguales, y respeto á sus superiores. De esta forma les imprimiréis para siempre el carácter de la honradéz.

Creedme: las penas y los trabajos son preparaciones necesarias para su edad, á fin de que despues puedan recibir mas facilmente la tintura de la virtud. La viña, cuyo cultivo se descuida, no da fruto; temed que igualmente vuestros hijos, degradados algun dia por el vicio de la educacion, no lleguen á ser inútiles al mundo.

CARTA DE TÉANO Á NICÓSTRATES.

No me han disimulado, mi querida Nicóstrates, el extravío de vuestro esposo. ¡Al fin se enamoró de una Cortesana, y vos estais zelosa! Conozco bastantes hombres atacados del mismo mal. Esas mugeres tienen un arte particular para hacerles caer en sus redes, para tenerlos en ellas, y para trastornarles la cabeza. La vuestra no está en mejor estado: vos os atormentais noche y dia: vos os dexais devorar de la pesadumbre; y no estais ocupada

de otra cosa, sino de proyectos de venganza. Cuidado, mi querida Nicóstrates: vos tomais un mal partido. La virtud de una muger, no consiste en ser la guardiana, sino la compañera de su esposo; y una fiel compañera, debe hasta soportar la demencia del compañero de su suerte. Éste busca el placer en los brazos de una querida; pero despues del acceso de su delirio, buscará su amiga en su esposa.

Sobre todo, no vayais á agrabar un mal con otros males, ni una locura con otra locura mayor. El fuego que no se sopla, se apagà por sí mismo: ésta es la imagen de las pasiones. ¿Quereis combatirlas? pues las veréis irritarse: ¿No haceis caso de ellas? luego se sosiegan.

Conoced bien toda vuestra imprudencia. ¡Vuestro esposo trata de ocultaros el ultrage que os hace, y vos teneis la imprudencia de querer convencerle! ¡Eh! ¿No conoceis que quitais el velo, y que él no se incomodará ya mas para ofenderos abiertamente? No fundeis vuestro amor sobre sus caricias, sino sobre su providad: ésta es la que forma el hechizo de la union conyugal. El atractivo del placer le pone de rodillas ante una cortesana; pero quando viene á vos, es la compañera de su vida la que busca, y la que se complace de encontrar. Su razon os ama; y solo su pasion es la que le arrastra á los brazos de vuestra ribál. Mas las pasiones son de corta duracion: bien presto la saciedad

las sigue: un instante las inflama, y un instante las apaga.

Á menos que un hombre no sea enteramente disoluto, no conserva un largo afecto á una muger despreciable. Bien presto renuncia los placeres culpables que cuestan siempre bien caro. Vuestro esposo no tardará en conocer que él se ofende á sí mismo, que se arruina, y que arriesga su reputacion. Él tiene sobrado discernimiento para obstinarse en su pérdida. Roconocerá sus yerros y sus peligros: los derechos de su esposa le llamarán á ella: entonces sabrá apreciaros: no podrá soportar la vergüenza de su pasada conducta; y vos le volveréis á ver arrepentido, y digno de vuestro amor.

Pero sobre todo, mi queri-

da Nicóstrates, dexad á las Cortesanas un arte que las conviene. La modestia, la fidelidad, el cuidado de la familia, la ternura con sus hijos, sus miramientos con los amigos del esposo; ved aquí qual debe ser el manéjo de una muger honrada.

Ella debe avergonzarse de manifestarse zelosa de una Cortesana. Una mas noble emulacion es solo digna de ella; que sea rival en virtud de las mugeres mas virtuosas. No guardeis un funesto resentimiento; manifestaos siempre pronta á la reconciliacion. Pensad que las buenas costumbres nos concilian la benevolencia de nuestros mismos enemigos: ellas solas nos honran; y solo ellas nos hacen mas fuertes aún, que nuestros es-

posos, y nos dan sobre ellos un ascendiente invencible. Escoged entre estos dos partidos, ú obligar á vuestro esposo á que os reverencie, ó consentir en servir humildemente á vuestro Señor.

Un medio os queda de echarle en cara su conducta; y este medio es, vuestra virtud. Con ella le veréis avergonzado; y con ella debeis apremiarle á obtener vuestro perdon. Él os amará mas, luego que conozca su injusticia, quan poco la mereceis, y quan grande era la pérdida que arriesgaba renunciando vuestra ternura. Despues de la enfermedad es quando mejor se conoce todo el precio de la salud: del mismo modo las contiendas entre personas que se aman, derraman los

encantos mas dulces sobre la reconciliacion.

¿No queréis escucharme? ¡Pues bien! Entregaos luego á todo el ímpetu de vuestros zelos. El juicio de vuestro esposo está enfermo: mostrad que el vuestro no está mas sano: él arriesga su reputacion; perded la vuestra: él dilapida sus bienes; ayudadle á destruírlos; castigaos, creyendo castigarle. Ó bien abandonarle, divorciaros, arrojaros en los brazos de otro esposo, el qual os será igualmente infiel, y os abandonará del mismo modo. No, mi querida Nicóstrates, no os entregueis á esos excesos: disimulad las penas de vuestro corazon, sufridlas con paciencia: éste es el medio de verlas acabar muy presto.

CARTA
DE LA PITAGÓRICA MELISA
Á CLEARETA.

Se ve que la naturaleza misma ha colocado en vuestro corazon el gusto de la virtud. En la edad que vuestras semejantes no se ocupan de otra cosa sino del cuidado de su compostura, vos os manifestais bastante indiferente acerca de la vuestra, para someterla á mis consejos: esto es hacernos conocer desde la aurora de vuestra vida, que ésta será consagrada toda entera á la virtud.

Una muger honesta y sábia debe siempre en su compostura consultar la modestia, y no hacer caso de la magnificencia. Ella busca en sus vestidos la mayor limpieza, la mas severa decencia; arroja todos aquellos adornos superfluos, inventados por el luxo, y desaprobados por la naturaleza. Dexemos á las cortesanas esas brillantes ropas de púrpura, realzadas con el brillo del oro; esos son los instrumentos de su vil oficio; estas son las redes, en donde cogen á sus amantes.

Una muger, que no quiere agradar á otro que á su marido, tiene su compostura en su virtud, y no en el tocador: no busca, ni trata de reunir, ni cautivar los votos ofensivos de

los extraños. El atractivo de su sabiduría y de su modestia, le presta muchos mas hechizos que el oro y las esmeraldas: su afeyte es la amable vergüenza del pudór: sus cuidados económicos, su atencion en agradar á su marido, su complacencia, su dulzura, son los adornos que realzan su hermosura.

Una muger estimable mira como una ley sagrada el agradar á su marido. Ella le trae un rico dote en su prudencia y sumision; porque las riquezas y hermosura del alma, son bien dignas de preferirse á los hechizos, que bien presto se marchitan, y á los presentes engañosos de la fortuna. Una enfermedad borra la hermosura de las facciones; la del alma, dura tanto como la vida.

CARTA DE MYIA, Á FILIS.

Vais á ser madre: vuestro primer cuidado y vuestra primera obligacion es, la de ocuparos en la eleccion de una nodriza (1).

(1) Es de admirar que la Pitagórica Myia no aconseje á su amiga el criar á su niño. Esta carta no puede enseñar nada de nuevo despues que se han publicado tantas obras sobre el mismo asunto; pero gustará el conocer los cuidados que tenian entonces las madres con el primer alimento de sus hijos.

Que ésta tenga bastante imperio sobre ella misma, para rehusar constantemente las caricias de su marido: que sea limpia y modesta: que no tenga la pasion del vino, ni la pasion del sueño: que su leche sea pura y nutritiva. De la eleccion que hagais, depende la vida entera de un infante amado. Todos los instantes de una buena nodriza deben repartirse entre sus deberes. Ella debe consultar la prudencia, y no su fantasía, su capricho, para dar el pecho al niño: de este modo, le fortificará la salud. No es menos necesario que espere, para entregarse al sueño, á que el niño mismo tenga gana de reposar.

Tened cuidado que no sea de un humor colérico: tampoco

oiría con gusto que fuese balbuciente: procurad tambien que haya nacido en la Grecia, por miedo de que por imitacion contrayga un acento vicioso. Sobre todo, que sea prudente en la eleccion de sus alimentos; y que no tóme, ni aun el alimento sano, sino con justa reserva.

Es bueno dexar dormir los niños, despues que han mamado bien: este reposo agradable, que exîge su delicadeza, hace mas facil su digestion. Si es absolutamente indispensable el darles otro alimento, que no sea la leche de su nodriza, no olvideis que debe ser simple y ligero. Yo creo que el vino es demasiado fuerte para ellos; pero si no se lo privais enteramente, haced á lo menos que sea bien

aguado, para que se aproxîme á la dulzura de la leche.

No aconsejaré que se les bañe todos los dias: sobra, y es suficiente que se les bañe de tiempo en tiempo; y es necesario, y esencial el exâminar muy bien la temperatura. No estudieis, con menos atencion, la del ayre que respirará vuestro niño; que no experimente un demasiado calor, ni un frio rigoroso. Su quarto no debe estar ni muy cerrado, ni muy expuesto al viento: el agua que haya de beber, no sea ni demasiado ligera, ni muy gorda. No ponerle mantillas gordas, ni muy estrechas; que tengan bastante amplitud para envolverle, y muy poca para incomodarle. La naturaleza debe serviros de regla; ella pide se satis-

fagan sus necesidades, y no quiere magnificencia.

He creido deber, desde ahora, daros estos consejos acerca del alimento de vuestro infante; y espero hablaros algun dia de su educacion.

FIN DEL TOMO QUINTO.

COLECCION
DE FILÓSOFOS MORALISTAS
ANTIGUOS.